

El poblamiento de Cogotas I en el valle de los ríos Aguisejo y Riaza (Segovia)

The Cogotas I settlements in the Aguisejo and Riaza valleys (Segovia)

Fernando LÓPEZ AMBITE

I.E.S. Andrés Laguna. C/Conde Sepúlveda, 18. 40.004 Segovia.
gloyoba@uva.es

Recibido: 20.06.2002
Aceptado: 20-05-2003

RESUMEN

En la zona nordeste de Segovia se ha comprobado la existencia de un área de población perteneciente a la primera fase de Cogotas I, más densamente poblada que en otras regiones y con claros vínculos con el sudoeste soriano. Se caracteriza por la existencia de una cierta estabilización de la población en torno a una serie de núcleos, lo que parece indicar una tendencia a la nuclearización de la población. Este hecho no implica, por otro lado, la existencia de una creciente jerarquización de los poblados, como se viene admitiendo por otros autores, hipótesis que creemos que se puede descartar a la vista de la documentación aportada. Por último, se aprecia una continuidad en el tiempo con respecto al Calcolítico, aunque con cambios en cuanto a la dedicación económica, mientras que de nuevo se comprueba la falta de continuidad con las etapas de plenitud de Cogotas I.

PALABRAS CLAVE

Cogotas I,
Bronce Medio,
Meseta
Nororiental,
Estabilización
de la población,
Jerarquización
del hábitat,
Modelo de
poblamiento

ABSTRACT

At the Northeast area of Segovia, it has been confirmed the existence of a poblational area belonging to the First Stage of Cogotas I, more densely inhabited than other areas, and showing obvious links with the Southwest of Soria. This area is characterized by the presence of a certain poblational stability around a series of settlements, which seems to indicate a dominant trend to the poblational concentration. On the other hand, this fact doesn't imply the existence of a rising hierarchical structuring of the villages, as it's being accepted by other authors, hypothesis which we think it's possible to reject in the light of the adduced documentation. Finally, it's observed a continuity along the time in relation to the Calcolithic period, although with changes related to the economical dedication, whereas again it's comprobated the lack of continuity regarding to the Cogotas I plenitude stages.

KEY WORDS

Cogotas I,
Middle Bronze
Age,
Northest
Meseta,
Population
stability,
Hierarchical
structuring of
the villages,
Settlement
pattern

SUMARIO 1. Introducción. 2. Densidad de yacimientos. 3. Dispersión de los yacimientos. 4. Relación con las comarcas vecinas. 5. Localización de los yacimientos. 6. Núcleos de población. 7. Extensión de los yacimientos. 8. Altitud. 9. Proximidad a fuentes de agua. 10. Vías de comunicación. 11. Análisis de captación de recursos. 12. Tipos de yacimientos. 13. Conclusiones.

1. Introducción

La zona objeto de estudio en el presente trabajo se corresponde con una franja de terreno al nordeste de la provincia de Segovia, lindando con las provincias de Burgos, Soria y Guadalajara, y que abarca las dos grandes regiones que estructuran la provincia de Segovia: la cuenca del Duero y el Sistema Central, aunque en nuestro caso con predominio absoluto del reborde montañoso; se trata de una franja de terreno con una superficie de 416,3 km², vertebrada por el río Aguijesejo y el curso medio del Riaza, con una altitud media de 1.120 m., que a su vez se divide en diferentes unidades morfológicas, como la sierra de Ayllón, el piedemonte de la sierra, el valle del Riaza, los páramos y las estribaciones del macizo de Sepúlveda.

Esta comarca fue objeto de trabajos de prospección para la realización del Inventario Arqueológico provincial en 1990 y 1991¹. En ella se han documentado 17 yacimientos y dos hallazgos aislados pertenecientes a Cogotas I (fig. 1). Según el estudio del material, 12 de ellos, el 59%, presentan cerámicas con decoración incisa, en especial con motivos decorativos de espiguillas o afines, así como formas de la primera fase de Cogotas I (El Prado -ASM-2-, La Cibaza -ASM-8-, La Martina -Ayll-6-, Villacortilla I -Ebv-2-, Valdelagorda -Ebv-7-, Las Viñas -Ln-4-, La Zarzona II -Ln-6-, Vega de la Salceda -Mzg-2-, San Cristóbal II -Mzg-5-, La Hocecilla -MVS-11-, El Mirabueno -MVS-18- y Valdeladehesa -Stb-1-²); uno (6%) con decoración de boquique poco evolucionado, también con formas de la primera fase de Cogotas I (Las Huertas -E-1-); tres (17%) con decoración de espiguillas, boquique y, de nuevo, formas de la misma primera fase (Peña del Gato -Ayll-8-, El Calvario -Ln-2- y Huerta de la Cueva -Stb-2-); y un último yacimiento (6%), que es muy dudoso (Cantos Labrados -Ma-10-), ya que la cerámica recogida no es muy significativa y, por lo tanto, podría corresponder a otro momento cultural diferente. Junto a estos diecisiete yacimientos, se han documentado dos hallazgos aislados, uno muy dudoso y otro con cerámica decorada con boquique: ambos podrían estar asociados con yacimientos cercanos, en especial el hallazgo aislado Aldea-

lengua A4³, que está tan sólo a 300 m. de El Prado (ASM-2), mientras que el hallazgo dudoso Maderuelo A2 se encuentra a 330 m. del también yacimiento dudoso Cantos Labrados (Ma-10).

En definitiva, todos los yacimientos se pueden adscribir a la *primera fase* de Cogotas I, a la que otros prefieren denominar como *Precogotas* o *Protocogotas I* o *Cogeces*, que en principio se databa entre los siglos XV y XIV a.C. (Delibes y Fernández Manzano 1981: 51-68; Fernández-Posse 1982: 159; Jimeno 1984: 38-39 y 41; 213; Delibes y Fernández Miranda 1986-87: 23-24; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 119-120). Sin embargo, la revisión de las fechas de C-14 de la Edad del Bronce, siguiendo el método Pearson y Stuiver (Pearson y Stuiver 1986, en González Marcén *et alii* 1992: 86-99; Castro *et alii* 1995: 51 y ss.; y Castro *et alii* 1996: 22 y ss.), ha envejecido estas dataciones, llevando las fechas de esta primera fase hasta el 1700-1550 a.C. cal., renovación que ya está siendo asumida por la historiografía reciente (Delibes *et alii* 1995a: 58-59; de la Rosa 1995: 198; Ruiz-Gálvez 1995a: 79-83).

En general se aprecia que la dispersión de estos yacimientos no es regular por todo el territorio (fig. 2), concentrándose en el tramo final del río Aguijesejo y su continuación en esta parte por el río Riaza (términos de Aldealengua, Languilla, Mazagatos y Ayllón), conjunto que se va difuminando según nos alejamos Riaza abajo (hacia el noroeste) con el dudoso yacimiento Cantos Labrados (Ma-10) y también el hallazgo aislado Maderuelo A2; o Aguijesejo arriba (hacia el sudeste), con los dos yacimientos de Estebanvela y los dos más alejados de Santibáñez de Ayllón, aunque en este último caso, posiblemente nos encontremos ante un ejemplo muy temprano de Cogotas I, en un contexto diferente al del resto de los yacimientos (cueva posiblemente sepulcral asociada a un yacimiento en alto). También en la laguna de La Nava, Palencia, uno de los pocos lugares prospectados sistemáticamente, se aprecia una distribución irregular, con dos núcleos principales que agrupan la mayor parte de los poblados, que a su vez tienden a concentrarse junto a los puntos de agua (Rojo Guerra 1987: 410-411, fig. 3,3).

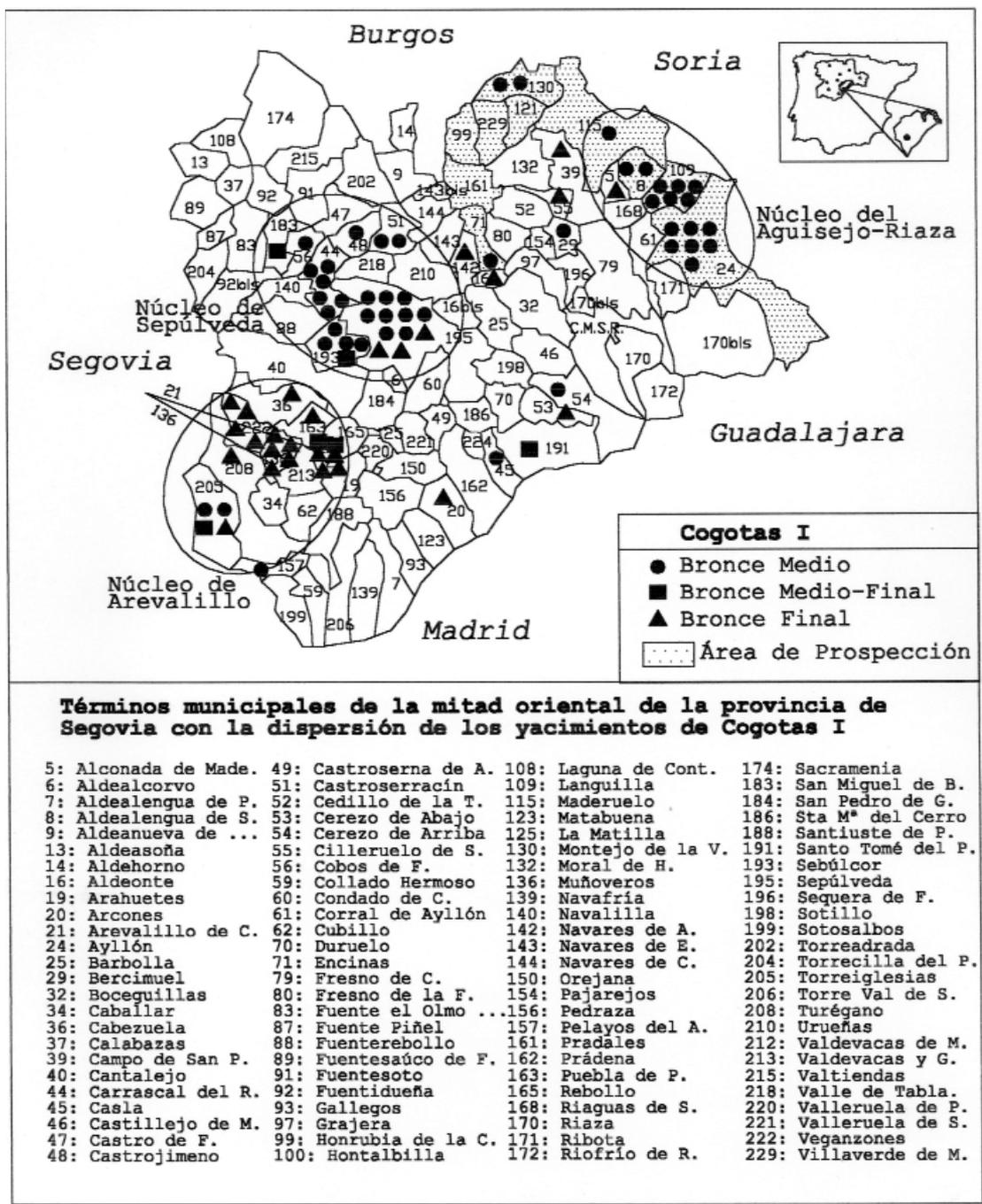


Figura 1.- Dispersión de los yacimientos de Cogotas I en la mitad oriental de la provincia de Segovia.

2. Densidad de yacimientos

La proporción de yacimientos en todo el área prospectada, que, como recordamos, comprende 416,31 km², es de tan sólo 0,04 yacimientos por km², lo que supone una den-

sidad muy baja. Sin embargo, este dato está enmascarando una realidad muy diversa. Así, en el tramo comprendido por los términos de Aldealengua, Languilla, Mazagatos y Ayllón, sin sus anexos, con 76,9 km², y que se corresponde como el conjunto más densamente poblado durante el Bronce Medio, la concentra-

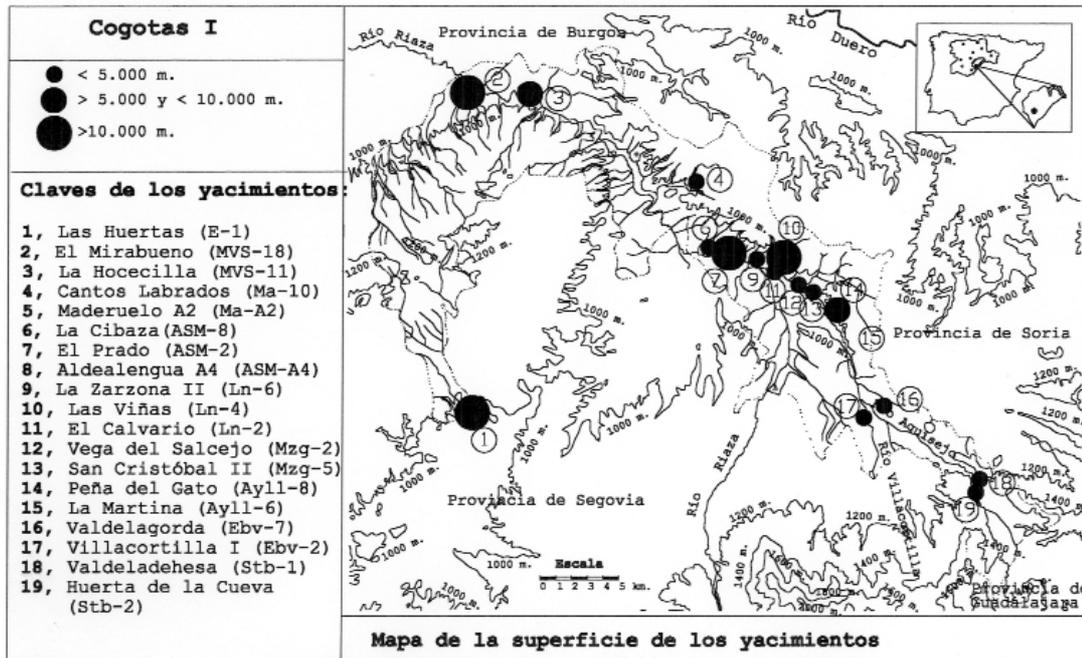


Figura 2.- Dispersión de los yacimientos de Cogotas I en el área de prospección.

ción de asentamientos de Cogotas I, con nueve en total (53%), es superior a la media general, con un 0,11 yacimientos por km². Si en este conjunto de yacimientos incluimos el término de Estebanvela, a unos 6.300 m., la superficie total ascendería en este caso a 99,16 km² y el número de yacimientos lo haría a 11, es decir, un 65% del total; a pesar de ello, la proporción se mantendría igual, en 0,11 yacimientos por km². Habría que incluir también el núcleo de Santibáñez de Ayllón, a 6.100 m. de Valdelagorda (Ebv-7), para que la proporción bajase una centésima, esto es, a 0,10, al aumentar la superficie hasta los 118,6 km² y el número de yacimientos hasta 13 o lo que es lo mismo, hasta el 76% de toda la muestra.

Esta densidad de 0,10 ó 0,11 yacimientos por kilómetro cuadrado es muy similar a la que encontramos en los otros dos núcleos de Cogotas I que se aprecian en la mitad oriental de la provincia de Segovia (fig. 1 y 4)⁴; a saber: el núcleo de Sepúlveda y el de Arevalillo de Cega⁵. En el primer caso, se han documentado 23 yacimientos del Bronce Medio-Bronce Final, dos del Bronce Medio y tres del Bronce Final, lo que da una proporción de

0,10 yacimientos/km² (si sólo contabilizamos los términos de Sepúlveda, Sebúlcor y Carrascal del Río, con mayor proporción de yacimientos, la densidad subiría hasta 0,13 yacimientos/km²); en segundo lugar, en el núcleo de Arevalillo de Cega se han documentado tres yacimientos del Bronce Medio, tres del Bronce Medio y Final y 17 del Bronce Final, lo que daría una densidad global de 0,09 yacimientos/km², algo menor que el núcleo de Sepúlveda y el del Aguijesejo-Riaza.

Creemos que, aunque pueda haber lagunas en la información arqueológica, debido fundamentalmente a deficiencias en los trabajos de prospección, parece que existirían una serie de áreas más densamente pobladas respecto a otras zonas escasamente habitadas en, al menos, esta parte del reborde montañoso de la cuenca del Duero. Por todo ello, hemos preferido hacer las comparaciones de densidades entre estos grande grupos de población. Si tomamos, por el contrario, la superficie total del la mitad oriental de la provincia de Segovia, que comprende unos 3.051 km², la densidad resultante de todos los yacimientos de Cogotas I, sin atender a sus fases, por lo que a continuación se verá, sería de 0,026

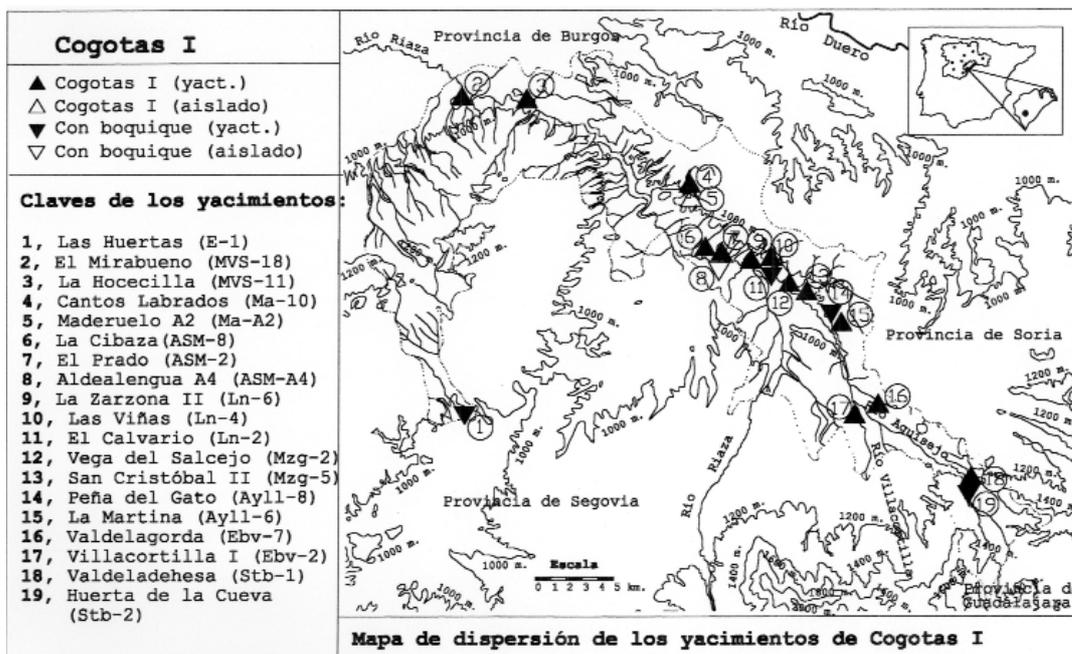


Figura 3.- Núcleos de yacimientos de la zona de prospección e intervisibilidad entre los mismos.

yacimientos por km², donde la media global está enmascarando las agrupaciones reales que existieron durante la Edad del Bronce.

Si los yacimientos adscritos al Bronce Medio no ofrecen dudas en cuanto a su pertenencia a la primera fase de Cogotas I, los catalogados como del Bronce Final sí que las ofrecen, ya que no sabemos si se refieren a materiales propios de la fase de plenitud y final de Cogotas I, o a materiales de la primera fase pero con algunas producciones decoradas con boquique y excisión, que, como más adelante comentaremos, para algunos autores pertenecerían a las fases más avanzadas de Cogotas I (Delibes y Fernández Manzano 1981: 51-71, 85; Delibes *et alii* 1990: 85; Rodríguez Marcos y Abarquero 1994: 51-54, nota 13), mientras que para otros, al menos en el reborde montañoso de la Cuenca del Duero, en el que se incluiría la mayor parte de la provincia de Segovia, podrían corresponder también a la primera fase de Cogotas I (Fernández-Posse 1981: 156; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 119-120).

En este trabajo nos decantamos por la segunda hipótesis y creemos que los datos aportados por el Inventario Provincial se refieren a esta primera fase, ya que de los seis yacimientos de Arevalillo de Cega, dos apa-

recen como del Bronce Medio-Bronce Final y cuatro casos como del Bronce Final. Sin embargo, las excavaciones de la Cueva de Arevalillo depararon un contexto muy temprano dentro de Cogotas I, en las que se registran ya algunas decoraciones de boquique y de excisas (Fernández-Posse 1979: 83, 1981: 156). Si esta hipótesis de la antigüedad de las citadas decoraciones fuera cierta, los núcleos de Sepúlveda y de Arevalillo, entonces coetáneos, convivirían con el de la zona central de los ríos Aguijesejo-Riaza, conectándose entre sí por determinados corredores, como más adelante se tratará. Estos núcleos entrarían en declive al final de la primera fase de Cogotas I, dentro de un contexto de despoblación del reborde oriental de la Meseta Norte, y cuya explicación, hoy por hoy, ofrece muchas dudas.

Por el contrario, si la hipótesis de la antigüedad del boquique y la excisión no fuera cierta, tal y como defienden Delibes y otros, por ejemplo, nos encontraríamos con dos núcleos antiguos, Sepúlveda y Aguijesejo-Riaza, que apenas perviven en la fase de plenitud de Cogotas I, y un nuevo núcleo, el de Arevalillo, mucho más moderno, y que podría suponer un cambio de población desde el de Sepúlveda. El punto débil de esta hipótesis es

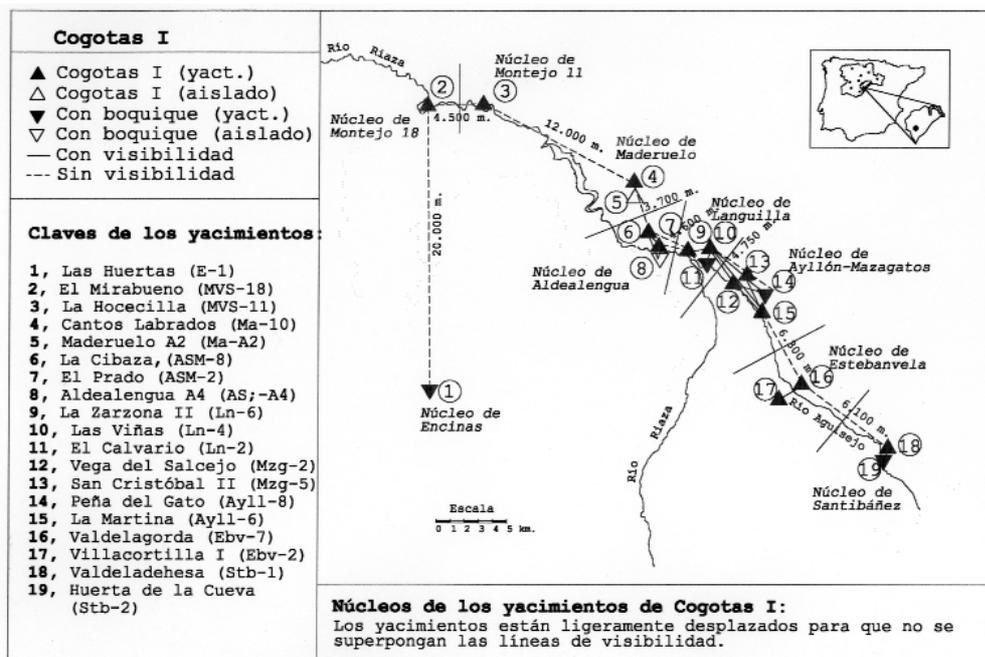


Figura 4.- Superficie de los yacimientos en el área de prospección.

que, como hemos dicho, cuando se ha excavado un yacimiento de este núcleo, en concreto la Cueva de Arevalillo, el contexto es mucho más temprano que el del considerado como de Bronce Final.

En cuanto a la explicación de la dispersión de la población en grandes núcleos, esta se podría relaciona con el modelo de intensificación de la ganadería de Harrison. En este modelo el crecimiento demográfico se resuelve dividiéndose las poblaciones y creando nuevos asentamientos alejados del poblado original (Harrison 1993: 298). Quizá este mecanismo de crecimiento de la población podría explicar el poblamiento que hemos detectado no sólo en la zona de estudio, sino también en la mitad oriental de la provincia de Segovia, posiblemente en el sudoeste de la de Soria y quizá en el centro de la cuenca del Duero. Pero volviendo al caso segoviano, en su parte oriental, que es el que mejor conocemos, los poblados de Cogotas I parecen distribuirse en tres grandes grupos, con espacios prácticamente vacíos entre sí. Si tenemos en cuenta la hipótesis anteriormente comentada, la explicación de estas zonas más densamente pobladas frente a los vacíos demográficos, podría hacer referencia al modelo de crecimiento de población, posiblemente a partir de las poblaciones calcóliticas,

al menos constatadas en el nordeste de la provincia de Segovia y con las que parece que hay una continuidad clara en esta zona, mediante segmentación de las poblaciones existentes y asentamiento de los nuevos grupos en las áreas circundantes y, por tanto, conocidas por los miembros de estas comunidades.

Si volvemos a los datos de densidades de yacimientos, que como vemos parecen muy homogéneos en la mitad oriental de la provincia de Segovia, y los comparamos con el área de prospección con otras regiones, encontraremos densidades equiparables en el caso de la comarca de La Nava y otros muy alejados en el caso de la provincia de Valladolid, al menos con los datos hasta ahora manejados, cuando se suele suponer una mayor densidad de yacimientos para esta región (Jimeno y Fernández Moreno 1991: 124). Por ejemplo, en la provincia de Valladolid⁶ habría una densidad de 0,0062 yacimientos por kilómetro cuadrado para la primera fase de Cogotas I; proporción que asciende a 0,014 para la etapa de plenitud y que desciende bruscamente hasta el 0,002 para la etapa final; estos datos están enmascarando una realidad posiblemente menos uniforme, con zonas que posiblemente estuvieron más pobladas frente a otras deshabitadas, como se desprende del

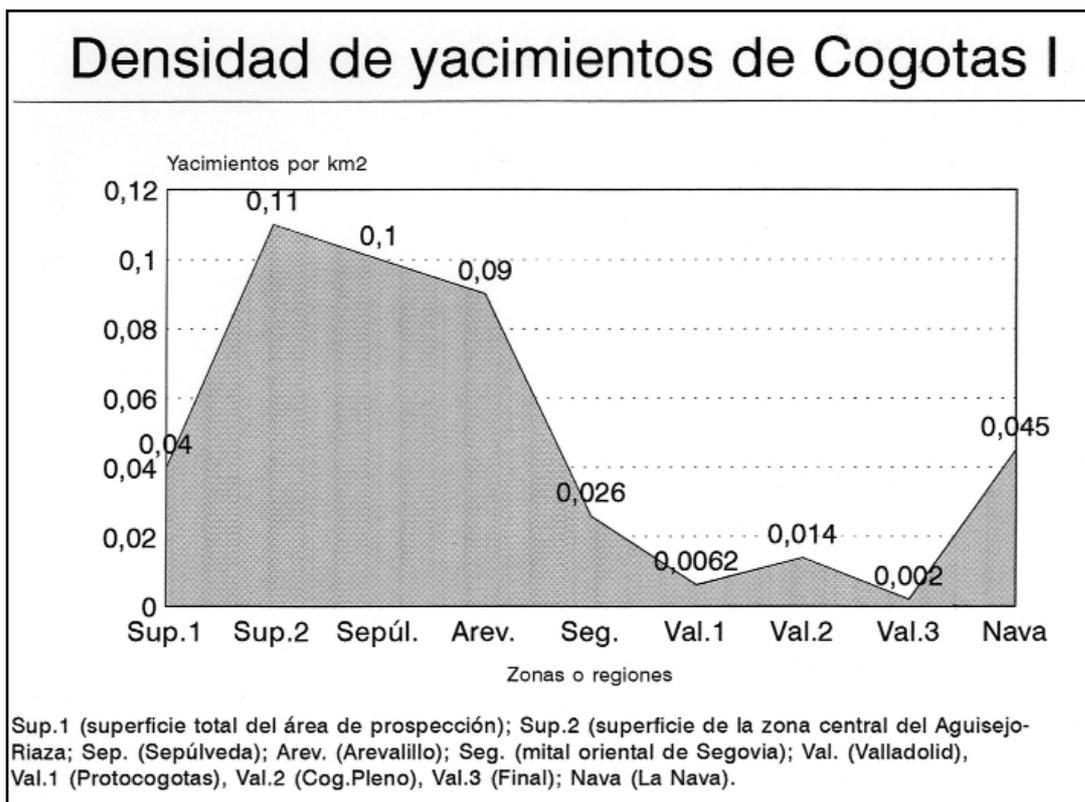


Figura 5.- Densidad de los yacimientos en las diferentes comarcas o regiones analizadas.

análisis de la distribución de yacimientos de la mitad oriental de la provincia de Segovia.

La otra comarca bien conocida es la de la laguna de La Nava, en Palencia, con una densidad para Cogotas I, sin especificar la fase a la que se corresponde, de 0,045 yacimientos por km² (Rojo Guerra 1987: 411)⁷, lo que supone la existencia de un yacimiento cada 22,222 km², muy próxima a la de nuestra área de prospección, de un yacimiento cada 25 km². Esta similitud podría verse alterada si supiéramos a qué fase concreta dentro de Cogotas I se corresponden los yacimientos de La Nava, ya que creemos que seguramente se están incluyendo todos los yacimientos de las tres fases, cuando parece que la fase de plenitud está mucho mejor representada en el centro de la cuenca del Duero que el resto (Quintana y Cruz 1996: 16). A ello hay que unir el que el 0,04 yacimientos por km² de nuestra área de prospección está englobando la despoblada margen izquierda y la zona de la Serrezuela, ya que la zona más densamente poblada, el tramo central de los ríos Aguijesejo-Riaza, presenta una densidad de 0,11 yaci-

mientos por km², es decir, un yacimiento cada 9 km², por lo tanto, una densidad mucho más elevada que la de la comarca de La Nava.

Por todo ello, creemos que los datos de densidad de Palencia y Valladolid están muy alejados de los nuestros, como se comprueba en la figura 5, probablemente porque nuestra área de prospección parece ser una zona densamente poblada y, seguramente, porque el poblamiento de Cogotas I no se reparta uniformemente por toda la provincia de Valladolid, sino que, como parece constatarse en el nordeste de la provincia de Segovia, en concreto en la margen izquierda de los ríos Aguijesejo y, sobre todo, Riaza o la Serrezuela, haya grandes espacios en el centro de la cuenca (los páramos, por ejemplo) sin poblamiento del Bronce Medio. En todo caso, estos datos, por muy problemáticos que parezcan, podrían hacer cambiar la imagen de un centro de la cuenca del Duero más poblado que los rebordes de la misma; al menos en nuestro caso se comprueba la existencia de un poblamiento denso en este reborde no constatado

hasta ahora por la falta de investigaciones. Además, este dato estaría en contradicción con la visión de una progresiva disminución de los yacimientos desde el Calcolítico, sobre todo en el reborde oriental (Jimeno 2001: 160). Por todo ello, y sin que podamos ofrecer datos cuantificados, esta mayor concentración de población podría relacionarse con lo que ocurre en el reborde sudoccidental de la Meseta, con densidades comparables a las del resto de la cuenca del Duero (Álvarez-Sanchís 1999: fig. 9).

Una de las teorías que más predicamento tiene entre los investigadores del Bronce Medio es la que defiende el argumento de que para la formación de Cogotas I intervendrían diferentes grupos con distintas tradiciones que irían convergiendo hasta formar esta cultura (Fernández-Posse 1982: 148-149; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 122-123; Delibes y Romero 1992: 234). Este argumento se basa, entre otras razones, en el estudio de la cerámica, donde se aprecian tradiciones diferentes, como ocurre con la decoración de boquique y la excisión que parecen característicos de los momentos tempranos de Cogotas I en la zona del Sistema Central, y que posteriormente influirían en los asentamientos del centro de la cuenca del Duero, con otra tradición cerámica distinta. Quizá esta hipótesis de la influencia del reborde montañoso sobre el centro de la cuenca del Duero, sería más creíble si el lugar de origen de estas tradiciones, es decir, este reborde montañoso, estuviera más densamente poblado y, por tanto, pudiera ejercer un impacto mayor; algo que resultaba más difícil de creer que hubiera podido ocurrir a partir de los aislados yacimientos de la zona serrana conocidos hasta el momento por la investigación, de ahí que a veces se pusiera en duda la cronología antigua de estas decoraciones (Delibes *et alii* 1990: 85; Rodríguez Marcos y Abarquero Moras 1994: 51-54)⁸.

3. Dispersión de los yacimientos

Si seguimos con la dispersión de yacimientos en nuestra área de prospección, el tramo final del río Riaza, desde Aldealengua en adelante (río abajo), y la zona de la Serrezuela presentan escaso o nulo poblamiento,

cuando en la etapa anterior, el Calcolítico, esta última zona tenía una densidad de poblados mayor que la de la zona central del Aguijesejo-Riaza. Así, en la zona de Maderuelo, la construcción del embalse de Linares podría haber condicionado la muestra recogida durante la campaña de prospección. Sin embargo, el que sólo se hayan registrado un yacimiento (a 3.750 m. del poblado más cercano del núcleo de Aldealengua) y un hallazgo aislado en este término municipal, por otra parte ambos muy dudosos, en el interior de la paramera, mientras que en la parte no anegada por el embalse, ni en el borde de páramo, se ha podido documentar yacimiento alguno, nos induce a pensar que, aunque es posible que hubiera algún yacimiento no detectado por el agua o el barro, esta circunstancia no debe de ser normal; por todo ello, creemos que la anterior afirmación de que la mayor concentración de yacimientos de Cogotas I termina por el nordeste en el término de Aldealengua, al sudeste del de Maderuelo, es correcta.

Aparte de la zona de Maderuelo, en toda esta área noroeste sólo se registran dos yacimientos en la zona de Montejo de la Vega, ambos con decoraciones incisas y formas de la primera fase de Cogotas I, separados entre sí por 11 km. y con una distancia con respecto al núcleo más cercano de Maderuelo de unos 12 km., que pasan a 15 km. si lo medimos mejor con respecto al seguro núcleo de yacimientos de Aldealengua de Sta. María. Esta escasa presencia, que da lugar a una densidad de 0,06 yacimientos por km² en esta zona, quizá pudiera explicarse debido a la menor extensión de terreno cultivable en el término de Montejo de la Vega que en la zona central del Aguijesejo-Riaza, como más adelante se comprobará al analizar los mapas de captación de recursos, lo que implicaría el aumento de las distancias entre yacimientos⁹.

4. Relación con las comarcas vecinas

Siguiendo con la zona de Montejo de la Vega, la dispersión que hemos comentado también nos indicaría una menor conexión con el valle medio del Duero¹⁰, más que una falta de la misma a través del río Riaza; así, el yacimiento más cercano de cronología temprana dentro de Cogotas I ya en la cuen-

ca del Duero Medio, que nosotros conocemos, en este caso, en el tramo final del río Riaza, sería el de Las Empedradas, Fuenteceén, Burgos (Palomino Lázaro y Rodríguez Marcos 1994: 59), a unos 20 km. de distancia del núcleo más oriental de Montejo de la Vega (El Mirabueno -MVS-18-); se trata de un yacimiento que presenta paralelos en cuanto a su ubicación y restos de cultura material. Si comparamos esta dispersión con el mapa de yacimientos de la provincia de Segovia (fig. 1), comprobaremos que los diferentes núcleos de población (Sepúlveda, Arevalillo y Aguijesejo-Riaza) aparecen conectados por una serie de yacimientos que se ordenan en ejes de comunicación que transcurren entre terrenos prácticamente despoblados. En este sentido, los yacimientos de Montejo podrían constatar uno de estos ejes, en este caso entre el núcleo del nordeste de Segovia y los yacimientos del Duero Medio de la provincia de Burgos.

En todo caso, aunque la distancia de los asentamientos de Montejo de la Vega es muy grande con respecto al conjunto de Aldealengua, Languilla y Ayllón, las características de su ubicación, así como el que no se documenten yacimientos de época más avanzada o de plenitud dentro de Cogotas I, lo cual sí se da en el centro del valle del Duero, no están indicando una mayor relación con el conjunto de yacimientos de Aldealengua-Languilla-Mazagatos-Ayllón, que con los del centro de la Cuenca del Duero. En este sentido, en el centro de la Cuenca del Duero sí se registran las siguientes fases de Cogotas I, documentándose un aumento en el número de poblados en las mismas; así, en la denominada fase de *plenitud* de Cogotas I, existe un porcentaje de yacimientos superior al de la primera etapa; en concreto, un 85% frente a un 38%, respectivamente (Quintana y Cruz 1996: 16).

Con la que no parece haber una clara conexión es con la Meseta Sur, a pesar de que no existen impedimentos físicos, puesto que los pasos que se localizan en la zona de Grado del Pico (Collado de las Cabras y el collado de El Tornillarón, por donde discurre la actual carretera C-114, Ayllón-Alcolea del Pinar), no ofrecen ninguna dificultad de tránsito la mayor parte del año. En esta zona, ya serrana, sólo se documentan dos yacimientos,

probablemente asociados como poblado y cueva (quizá también con función de necrópolis), en este caso en un contexto muy temprano dentro de Cogotas I. De nuevo aquí la menor densidad de yacimientos coincide, como en el caso de Montejo de la Vega, con extensiones de terrenos aptos para la agricultura inferiores a la media del resto de yacimientos de toda la zona de prospección. Por otro lado, en las comarcas del Alto Tajo-Alto Jalón y, más concretamente, el Alto Henares y Alto Jarama el panorama que se descubre es el de la escasa implantación de Cogotas I (García Huerta 1990: 934; Balbín y Valiente 1995: 19, figs. 5, 11; Arenas 1999: 168, 170), sobre todo en sus momentos más avanzados, algo que se repite al otro lado de la sierra en la provincia de Soria, como luego comentaremos.

Respecto a la relación con otras comarcas de la provincia de Segovia, comprobamos un despoblamiento en la orilla izquierda del río Aguijesejo, con tan sólo un yacimiento (Villacortilla I -Ebv-2-), y ninguno en ambas orillas del río Riaza antes de enlazar con el río Aguijesejo, para a continuación seguir sin poblamiento en la orilla izquierda a lo largo de todo su recorrido por la provincia de Segovia. Esta circunstancia nos induce a pensar que podría haber una cierta desconexión de nuestra área de prospección con el resto de la provincia. Quizá esto sea cierto en la zona de la Serrezuela, así como en la llanura sedimentaria al oeste y sur del Riaza, aunque no creemos que esta desconexión sea real en el piedemonte de la sierra, ya que parece evidente una relación de Huerta de la Cueva (Stb-2) con, por ejemplo en Segovia, la cueva de la Vaquera (Zamora 1976) o, sobre todo, la cueva de Arevalillo de Cega, en donde se aprecian ciertas pervivencias de decoraciones campaniformes (Fernández-Posse 1979: 81-85, 1981: 72-73), así como en Soria, con Los Tolmos de Caracena (Jimeno y Fernández Moreno 1991: 124) o El Balconcillo del Río Lobos (de la Rosa 1991: 78-80, 1995: 200), donde existen las mismas perduraciones, lo que implicaría un ambiente común en todas estas regiones, como ya han señalado anteriormente otros autores (Jimeno y Fernández Moreno 1991: 122-123); en relación con esta uniformidad, habría que señalar la existencia

de una serie de representaciones artísticas en toda esta región, en especial en lo referente a grabados rupestres, que en algunos casos sí que parece que podrían alcanzar el Bronce Medio (Gómez-Barrera 1992: 54; Lucas y Castelo 1992: 287-288).

Si observamos la dispersión de yacimientos de la mitad oriental de la provincia de Segovia (fig. 2), comprobaremos, aparte de la existencia de tres núcleos más densamente poblados, el de Sepúlveda, el de Arevalillo y el del área de prospección, que aparecen una serie de yacimientos dispersos entre los diferentes núcleos, como los que hemos comentado en Montejo de la Vega, que supondría la existencia de contactos entre estos núcleos. Uno de estos ejes conectaría el núcleo de Sepúlveda con el del Aguijoso-Riaza, rodeando el macizo de la Serrezuela, a través de los yacimientos de Navares de Enmedio, Las Huertas (E-1) (que de esta forma no se encontraría descontextualizado), Bercimuel, Cilleruelo de San Mamés o Valdevarnés (en Campo de San Pedro), éste a sólo unos 7 km. del núcleo de Aldelengua de Santa María.

El núcleo de Arevalillo de Cega, conectaría perfectamente con el de Sepúlveda por la cercanía entre ambos grupos de yacimientos; no así con el núcleo del nordeste de Segovia, donde se puede vislumbrar un posible eje de comunicaciones, en el que, desgraciadamente aparecen demasiados huecos para afirmar su existencia. Aún así, como más adelante se verá al tratar el asunto de las vías de comunicación, creemos que existiría este eje hoy por hoy mal documentado.

Por último, para terminar con los posibles contactos entre el área nordeste de Segovia con las regiones limítrofes, creemos que la zona de prospección del valle del Aguijoso-Riaza Medio tendría una mayor vinculación con el sudoeste soriano, no sólo por la continuidad en el espacio, sino porque comparte con el sudoeste soriano, además, el problema de la continuidad del poblamiento durante el Bronce Final. Además, existe una contigüidad en una serie de yacimientos cercanos, como Los Tolmos de Caracena a unos 16 km. de Valdeladhesa y Huerta de la Cueva, en Santibáñez (Stb-1 y 2); los restos de una cabaña y silos en la necrópolis celtibérica de Carratiermes (Bescós Corral 2001: 260), a algo menos de 10 km.

también de Santibáñez; el posible yacimiento de Cuevas de Ayllón (Ortego Frías 1960: 129; Jimeno y Fernández Moreno 1992b: 241, fig. 5) a unos 6 km. de La Martina (Ayll-6) y del núcleo de Santibáñez, a sólo 4,5 km. de Valdelagorda (Ebv-7). Por lo demás, estas últimas distancias son similares a las que parece que separan los núcleos del valle del Aguijoso-Riaza, como más adelante comprobaremos.

Así, en el Alto Duero, región con la que comparte nuestra zona de prospección algunas características en cuanto a ubicación de los yacimientos, Cogotas I encuentra escasa implantación, sobre todo en sus fases más recientes, algo que ya fue constatado por Taracena (1941: 11-12) y que, en líneas generales, se mantiene hoy a tenor de las prospecciones realizadas en esta región (Jimeno 1984: 41-3; Jimeno y Fernández Moreno 1992a: 93, 95-96 y fig. 9; Romero y Jimeno 1993: 184, 200; Romero y Misiego 1995: 60-61¹¹). Esta despoblación no se ha explicado con claridad y para algunos investigadores debió producirse posiblemente por causas climáticas, ocurridas al final del subboreal, o a fenómenos relacionados con ellas y las posibles alteraciones sedimentarias, así como por los cambios económicos que harían más hincapié en la agricultura y que provocaría que las poblaciones de Cogotas I avanzado buscasen otros territorios mejor preparados para dicha actividad que las frías tierras sorianas (Jimeno 1984: 42; Jimeno y Fernández Moreno 1992a: 96). Sin embargo, para otros autores se trataría de un fenómeno que habría que generalizar para las comarcas del Ebro y Alto Duero a partir del siglo XIII (1500 cal.); esta época estaría caracterizada por una crisis demográfica en la región producida por una mayor intensificación de la producción y la existencia de una competencia por la tierra, en la que también podrían haber influido factores climáticos, y que daría como resultado que desapareciese la incipiente estructura jerárquica de los poblados que se había gestado desde el Bronce Antiguo, en relación con el modelo de poblamiento circummediterráneo diferente del de la Meseta (Burillo 1995: 518-519; Burillo y Picazo 1997: 47, 50-51; Burillo y Ortega 1999: 128-129).

En todo caso el poblamiento de esta zona del Alto Duero sería necesario para poder co-

nectar la zona considerada como nuclear de Cogotas I con el Valle del Ebro, donde es frecuente que aparezcan yacimientos con elementos intrusivos de Cogotas I, dentro de un Bronce pleno poco definido, en especial en el Alto Ebro (Álvarez Clavijo y Pérez Arrondo 1987: 14-15; Burillo 1992: 206; Ruiz Zapatero 1995: 27, fig. 4 y 28; Picazo y Rodanés 1997: 175).

Ante esta escasa implantación de Cogotas I, se ha venido insistiendo en la posibilidad de una facies local del Bronce Final en toda esta zona, que Ruiz Zapatero identifica con unas cerámicas con decoración epicampaniforme junto a motivos de dientes de lobo, como las procedentes de Covarrubias de Ciria y otros lugares del Valle del Ebro (Ruiz Zapatero 1984: 175-177, fig. 2) y que para Fernández-Posse corresponderían con un Bronce Medio Local, superpuesto al Campaniforme y que enlazaría primero con Cogotas I y luego con las excisas del Valle del Ebro (Fernández-Posse 1982: 76-78, 1986: 483). Para Esparza sería una facies cultural, la denominada por él Cueva Lóbrega/Berbeia, que junto con la facies Cogeces y Los Tolmos de Caracena formarían un único horizonte Proto-Cogotas I (Esparza 1990: 119-121).

Volviendo a nuestra zona, la mayoría de los yacimientos del área de prospección se encuentran localizados bien en el valle de los ríos Aguijesejo y Riaza (fig. 2), o en algún afluente (Villacortilla I -Ebv-2-), bien en el borde de páramo que enmarca esta unidad natural, lo que supone un 88%. Tan sólo Cantos Labrados (Ma-10) se aleja del valle internándose en la paramera, aunque también en un borde de la misma que da sobre un arroyo, por lo que estrictamente no se trata de un yacimiento sobre el páramo; en todo caso, si la atribución a Cogotas I de este yacimiento fuera cierta, se trataría de un asentamiento fuera de los dos ámbitos anteriormente señalados. Bien es verdad que la paramera no fue objeto de prospección, salvo puntos concretos¹², pero aun así creemos que no debió ser un lugar favorable para el asentamiento de la población de Cogotas I, algo que ya se ha constatado en otras ocasiones, como por ejemplo en la provincia de Valladolid (Quintana y Cruz 1996: 113).

Para terminar este apartado, y ya fuera de contexto del río Riaza, se encontró el último

yacimiento atribuible a Cogotas I, en este caso en el término de Encinas, al sur de la Serrezuela, con cerámica de boquique antiguo y formas de la primera fase de Cogotas I. Este yacimiento aparece totalmente desconectado del resto de los núcleos confirmados a lo largo de los ríos Aguijesejo y Riaza; se encuentra a 20 km. de El Mirabueno (MVS-18), a 17 km. de Cantos Labrados (Ma-10) y a 18 km. del núcleo de Aldealengua, pero si comprobamos el mapa de dispersión de los yacimientos de la provincia de Segovia, veremos que supondría un jalón en la posible vía de comunicación entre el núcleo de Sepúlveda y el del nordeste de Segovia.

5. Localización de los yacimientos

Respecto a la ubicación de los yacimientos en los diferentes tipos de relieve propios del valle del Aguijesejo-Riaza Medio, predominan los asentamientos en loma, con siete yacimientos (41%), normalmente sobre terrazas de la orilla derecha de ambos ríos. A estos hay que unir los dos asentamientos en plena vega, aunque uno de ellos corresponda con la cueva de Huerta de la Cueva (Stb-2), lo que condiciona su ubicación en la vega del río Aguijesejo; también uno de los hallazgos aislados se ubica en vega, aunque podría asociarse al otro asentamiento ribereño por su cercanía, a unos 330 m. (El Prado -ASM-2- y Aldealengua A4). Junto a estos 9 yacimientos que se puede considerar que se sitúan en llano (53%), se documentan cuatro en el borde del páramo y cuatro en cerros elevados (en total un 47%), normalmente localizados en lugares privilegiados para el control del territorio, sobre elevaciones que no son siempre las más altas de los terrenos circundantes. A estos yacimientos habría que unir el hallazgo aislado de Maderuelo A2, que también se puede relacionar con Cantos Labrados (Ma-10). En definitiva, parece que se dan los dos tipos de asentamientos propios de Cogotas I (Delibes *et alii* 1995a: 53), los que suponen un mayor control del territorio y los que presumiblemente tendrían una mayor actividad agraria por su ubicación junto a los terrenos llanos y más aptos para el cultivo y que han dado lugar a diferentes interpretaciones sobre las relaciones que establecerían entre ellos,

como más adelante comprobaremos. Parece que el precedente de este modelo de poblados en alto y en llano ya existe en la etapa campaniforme, donde los poblados en altura parece que son mayoritarios, aunque este dato pueda ser discutible¹³; lo que si que parece constatar, al menos en la región madrileña, es una cierta complementariedad entre yacimientos en alto y en llano (Garrido Pena 2000: 199).

Todos estos yacimientos, salvo el de Las Huertas (E-1), alejado de la zona, y Villacortilla I (Ebv-2), se encuentran en la margen derecha de los ríos Aguijesejo y Riaza, aprovechando la existencia de relieves que alejan a los yacimientos, y a la vía natural que les une, de posibles inundaciones o simplemente encharcamientos de los cauces fluviales. Además, esto supone elegir una orientación oeste-sudoeste para los yacimientos que parece ser la más apropiada para climas fríos como el de la Meseta¹⁴, y que igualmente se repite en la laguna palentina de La Nava, por lo que este esquema parcialmente alterado en la Edad del Hierro, también en La Nava (Rojó Guerra 1987: 414) se volverá a repetir en los posteriores núcleos medievales. En definitiva, da la impresión de que hubiera una ocupación muy dispersa del territorio prospectado (por supuesto que no tiene por qué haber sido coetánea), salvo en las zonas de mayor aprovechamiento agrario, como es el tramo final del río Aguijesejo y su continuación en el Riaza, zona de mayor concentración durante Cogotas I.

6. Núcleos de población

En esta última zona, que consideramos central durante el Bronce Medio, podemos distinguir una serie de núcleos que agruparían a varios yacimientos, atendiendo a la densidad de asentamientos, a las distancias entre ellos y a la intervisibilidad entre los mismos:

- El primero consta de La Cibaza (ASM-8), en cerro, desde el que se observa tanto El Prado (ASM-2), en vega, como Aldealengua A4, también en vega; estos dos también se encuentran conectados visualmente; este núcleo carece de conexión visual con el poco seguro núcleo de Maderuelo, a 3.750 m., y con el de Languilla, del que le separa una distancia que oscila entre 4.600 y 4.300 m.

- El siguiente núcleo es el de Languilla, en torno a Las Viñas (Ln-4), en el borde de páramo, desde el que se observan tanto El Calvario (Ln-2) como La Zarzona II (Ln-6), ambos en loma; estos dos asentamientos carecen de conexión visual entre sí; este núcleo se encuentra a unos 4.750 m. del núcleo de Ayllón, en este caso conectando visualmente con La Martina (Ayll-6) y Peña del Gato (Ayll-8), aunque con una distancia en torno a 5.000 m.

- Dos yacimientos en alto componen el núcleo de Ayllón (ambos sobre borde de páramo) conectados visualmente y a una distancia de 750 m; en relación con éstos, se podrían incluir los asentamientos de Mazagatos.

- Los siguientes núcleos serían el de Estebanvela, a unos 6.300 m., sin conexión visual con Ayllón, y, por último, el de Santibáñez, también a unos 6.100 km. de Estebanvela, de nuevo sin conexión visual.

Llama la atención la existencia de una distancia regular entre núcleos, que no se ven entre sí, salvo los de Languilla y Ayllón, con separaciones entre 4.600 y 6.300 m. que parecen estar indicando distancias en torno a la hora de marcha desde el punto de salida. En relación con esta regularidad, habría que señalar la curiosidad de cómo cada núcleo identificado se corresponde, en esta zona de mayor densidad de asentamientos, con términos municipales que están remitiéndonos a una época, la medieval, en que se generalizan al sur del río Duero, en las zonas de campiñas, distancias similares para permitir una adecuada explotación del territorio; de ahí que cada núcleo de Cogotas I se corresponda con un posterior núcleo medieval (Barrios y Martín Expósito 1983; Barrios 1985¹⁵). Lo que no coincide es con la densidad de población, con 0,075 yacimientos por km² en el arciprestazgo de Maderuelo y 0,057 en el de Montejo, debido a la mayor intensidad y antigüedad de la colonización altomedieval en esta zona (Barrios y Martín Expósito 1983: 132, 139), superiores al 0,04 de toda el área de prospección, pero inferiores al 0,11 de la zona central de Cogotas I.

- El caso de Maderuelo merece un comentario aparte, al distanciarse de La Cibaza (ASM-8) unos 3750 m., por lo que en principio no seguiría el patrón de dispersión que se aprecia en el resto de los núcleos. En primer

lugar, hay que volver a señalar que se trata de un yacimiento cuya adscripción a Cogotas I es poco segura; en segundo lugar, que esta distancia, algo menor que el resto, se trata de una medida en línea recta con el núcleo más cercano, como se ha hecho en el resto de los yacimientos, pero con la salvedad de que si en los otros núcleos esta distancia en línea recta poco puede diferir de la que seguirían los caminos prehistóricos, ya que estos coincidirían con el camino natural que forma el valle de los ríos Riaza y Aguijoso, en el caso de Cantos Labrados (Ma-10) se trata de un yacimiento que se adentra en el páramo, a unos 2500 m. del valle del Riaza y, por tanto, del camino natural que uniría los diferentes asentamientos de Cogotas I. Por todo ello, la distancia real probablemente sería mayor, cerca de 5 km. si seguimos los caminos terrenos que se adentran en la paramera desde Aldealengua hacia el norte hasta esta zona, y aún mayor si medimos la distancia siguiendo el camino natural del valle del río.

- Otro grupo de yacimientos que merecen un comentario aparte, son los del núcleo de Mazagatos, con dos yacimientos en loma, que se divisan entre sí y desde Las Viñas (Ln-4), La Martina (Ayll-6) y Peña del Gato (Ayll-8), estos tres últimos en alto, sobre el borde de páramo. Si comprobamos las distancias, los yacimientos de Mazagatos se separan de Las Viñas (Ln-4) por una distancia de entre 2.400 y 3.000 m., mientras que de La Martina (Ayll-6) distan entre 2.300 y 2.800 m. y de Peña del Gato (Ayll-8), entre 1.800 y 2.400 m. respectivamente. Esta mayor cercanía con respecto a Ayllón, así como la falta de poblados en llano en este núcleo, mientras que por otro lado, encontramos el núcleo de Languilla con el esquema de poblado en alto y poblados en llano, nos induce a pensar, en principio, que el grupo de Mazagatos podría vincularse más a los poblados en alto de Ayllón que al núcleo de Languilla. Por tanto, sólo el caso de los dos yacimientos de Mazagatos, a medio camino entre el núcleo de Languilla y los poblados en alto de Ayllón, rompe el esquema de una distancia entre núcleos próxima a los 5 km.

Esta correlación entre yacimientos en llano controlados visualmente por otro en alto (sólo en el caso de Ayllón se dan dos núcleos

en alto), se da en cinco de los nueve núcleos, es decir, en un 55% de los núcleos; este esquema no se cumple en el caso del yacimiento aislado de Las Huertas (E-1), en el dudoso Cantos Labrados (Ma-10) y en los dos yacimientos y a su vez núcleos de Montejo de la Vega. De todas formas, como ya se ha señalado anteriormente, esta ubicación en alto y en llano respectivamente de La Hocecilla (MVS-11) y El Mirabueno (MVS-18), podría estar indicando esa misma correlación de poblados en alto asociados a poblados en llano, que en este caso, no se han detectado durante el proceso de prospección, por los problemas ya comentados en páginas anteriores; si esto fuera cierto, el número de núcleos que podrían cumplir esta correlación subiría de 5 a 7, es decir, al 78% de los núcleos, o lo que es lo mismo, todos menos los de Encinas y Maderuelo.

Esta hipótesis de la existencia de una serie de núcleos de población parece reforzarse si comprobamos la intervisibilidad entre los diferentes núcleos de la zona de estudio y las distancias que los separan (fig. 3). Así, comprobamos la falta de conexión visual entre los diferentes grupos de yacimientos, es decir, entre Encinas, los dos asentamientos y núcleos de Montejo (realmente estos yacimientos de Montejo deben actuar como núcleos independiente, ya que no se divisan entre sí, por su alejamiento y, sobre todo, por el encajonamiento del río Riaza en este tramo), Maderuelo, Aldealengua, Languilla, Mazagatos-Ayllón (estos dos últimos núcleos son los únicos que se divisan entre sí), Estebanvela y Santibáñez de Ayllón; a esta característica hay que unir la existencia de un patrón regular en la separación de los núcleos en la parte central del área de estudio, entre 4,5 y 6 km., que se extiende al menos por la comarca limítrofe de la provincia de Soria (Cuevas de Ayllón) y, en algún caso, con los yacimientos de la margen izquierda que unirían nuestro núcleo con el de Sepúlveda (unos 6-7 km. con el yacimiento de Valdevarnés en Campo de San Pedro y unos 5 con el de Alconada de Maderuelo).

Otro argumento en la línea mantenida, es la medición de la distancia del vecino más próximo (Hodder y Orton 1990: 51-58). Si tomamos como dato el primer vecino, el re-

sultado es de 0,95 o un patrón aleatorio; sin embargo, si hacemos referencia a los tres vecinos más próximos, lo cual es una medida mucho más ajustada a la realidad que la primera, ya que puede precisar agrupaciones o regularidades menos claras, el resultado es de 1,96, es decir, un patrón agrupado, lo que parece evidente al contemplar el mapa de dispersión y las distancias entre los diferentes núcleos, como venimos comentando.

Respecto al control del territorio teórico desde los diferentes asentamientos, se comprueba una clara diferencia entre yacimientos en llano y en alto, como era de esperar, siendo la media de ambos de 9,4 km². Así, los yacimientos en llano controlan una superficie desde menos de un kilómetro en Huerta de la Cueva (Stb-2), hasta los 9,7 km² de El Prado (ASM-2), siendo la media de estos asentamientos de unos 4,6 km². Más interesante es conocer la superficie que puede ser observada desde los poblados en alto; en este caso, esta superficie oscila entre 1,3 en Valdeladehesa (Stb-1) y 37 km² en Las Viñas (Ln-4), con una media de unos 15 km². El que los yacimientos en alto controlen una amplia superficie del territorio circundante no deja de ser algo lógico, ya que sólo la incomodidad de asentarse en estos lugares se compensa con la posibilidad de ejercer funciones de control. Ahora bien, llama la atención el que haya una serie de yacimientos en alto que controlan un escaso territorio, como el ya señalado de Valdeladehesa, Cantos Labrados (Ma-10) con 3,2 km² o La Hocecilla (MVS-11), con 3,4 km². Tan sólo en este último parece claro que tendría una explicación por el control del camino del Riaza que en este tramo se ve obligado a subir hasta este cerro para sortear las hoces del río y los profundos cortados que han formado. Por otro lado, tampoco se aprecian superficies de control muy elevadas en el resto de los yacimientos en alto, salvo en los casos de La Cibaza (ASM-8), Las Viñas (Ln-4) y La Martina (Ayll-6), en los tres casos por encima de los 20 km². Aparte de la propia articulación del valle del Aguijoso-Riaza, creemos que este menor control, salvo en tres de los siete asentamientos en alto, se debe a que la preocupación por el control visual no iría más allá del tramo de valle del entorno, sin que se pretenda controlar un territorio mayor.

7. Extensión de los yacimientos

Si relacionamos esta diferente ubicación con la extensión de los yacimientos (fig. 4), no se aprecia un patrón uniforme, aunque ello puede ser debido a la dificultad de determinar la extensión en muchos casos, ya que la erosión de los yacimientos en alto, la dispersión del material por las labores agrícolas, o la extensión de pastos o monte bajo en otros casos, dificultan en gran medida esta determinación, de ahí que las cifras que se presentan son solamente aproximativas. En el caso de El Prado (ASM-2) y Aldealengua A4 asociado a La Cibaza (ASM-8), el yacimiento en llano ocupa unos 12.000 m², con gran densidad de hallazgos, mientras que el yacimiento en alto, La Cibaza (ASM-8), presenta unos 3.000 m², con poca densidad de materiales debido a la intensa erosión que ha sufrido el cerro sobre el que se asienta, de componente muy arenoso.

Esta correlación yacimiento en llano de mayor extensión, junto a yacimiento en alto más pequeño no se da en siguiente núcleo, el de Languilla, con yacimientos en llano entre 2.000 y 1.500 m² (El Calvario -Ln-2- y 6) y un yacimiento en alto de 10.000 m² (Las Viñas -Ln-4-), pero con muy poca densidad de material, lo cual es frecuente en los bordes del páramo, frente a los yacimientos en llano de Languilla, con abundancia de cerámica. El siguiente núcleo presenta otra relación, con poblados en llano medianos, de unos 4.000 m² (Vega de la Salceda -Mzg-2- y San Cristóbal II -Mzg-5-), y con yacimientos en alto también medianos, de unos 5.000 m² (Peña del Gato -Ayll-8-; en La Martina -Ayll-6- el poblado de Cogotas I está totalmente enmascarado por el poblado del Hierro y la posterior fortificación medieval, por lo que no hemos podido determinar la superficie, apareciendo la cerámica de Cogotas I muy dispersa y en escaso número). Todos estos yacimientos, salvo La Martina (Ayll-6), por las razones ya expuestas, presentaban una densidad de materiales alta. En Estebanvela de nuevo el poblado en llano es mayor (aunque la ocupación posterior altomedieval enmascare la verdadera extensión del asentamiento, de ahí que su superficie sea muy aproximada), que el poblado en alto (éste quizá no me-

rezca el apelativo de poblado, sino más bien el de cabaña aislada, por la escasa superficie ocupada, en este caso muy bien delimitada), con 1.500 m² el primero y sólo 500 m², o menos, el segundo; ambos yacimientos presentan poca densidad de material.

Aparte estarían los siguientes yacimientos: Las Huertas (E-1), con unas 3 ha, aunque con una densidad de material muy baja, por lo que probablemente estemos ante un yacimiento muy alterado por las labores agrícolas, posiblemente con una superficie menor que la reconocida; La Hocecilla (MVS-11), con 5000 m² y El Mirabueno (MVS-18), con una hectárea, ambos con mayor densidad de material¹⁶.

Lo que sí que queda claro es que los yacimientos de la zona nordeste de la provincia de Segovia, cuya superficie media es de 6.441 m, presentan una superficie que no desentona con la de otros asentamientos de esta primera fase de Cogotas I, con la única salvedad de que no se han documentado yacimientos de gran extensión, como parece ocurrir en otros puntos de la Meseta Norte. Estos yacimientos muy extensos se habrían formado por una reocupación del territorio por un mismo grupo a lo largo de un dilatado período de tiempo, lo que daría lugar a una estratigrafía horizontal, como parece que se puede establecer en algunos asentamientos (Delibes *et alii* 1995a: 52).

Así, sin querer ser sistemáticos, tenemos yacimientos de 700 m², similares a Valdela-gorda (Ebv-7), en la laguna de La Nava, en Palencia (Rojo Guerra 1987: 413) o en El Cementerio-El Prado, Quintanilla de Onésimo, Valladolid (Rodríguez Marcos y Abarquero Moras 1994: 33); de 900 m², como Huerta de la Cueva (Stb-2), en Porrigo de Bolaños, Valladolid (Fernández Manzano y Palomino Lázaro 1991: 63), aunque este pertenece a la etapa de plenitud de Cogotas I; de 5.000 m², como los de Ayllón o Mazagatos, en El Carrizal de Cogeces del Monte, Valladolid (Rodríguez Marcos 1993: 62); de 3 ha, como Las Huertas (E-1) (aunque como hemos dicho la densidad de materiales no parece suficiente y la percepción de la superficie podría estar alterada por las labores agrícolas) en El Cogote, La Torre, Ávila (Caballero Arribas *et alii* 1993: 93) o en La Aceña, Huerta, Salamanca (Sanz García *et alii* 1994: 73), en este caso

también de la fase de plenitud de Cogotas I; de 4 ha en La Venta, Alar del Rey, Palencia (Pérez Rodríguez y Fernández Giménez 1993: 41); de 5 ha o más no encontramos ninguno en nuestra área de prospección, aunque existen yacimientos como el de Perales del Río, Getafe, Madrid (Blasco Bosqued *et alii* 1991: 64), el castro de La Plaza de Cogeces del Monte, Valladolid, con 17 ha. (Delibes y Fernández Manzano 1981: 54), o yacimientos mucho mayores, como La Huelga, Dueñas, Palencia (Pérez Rodríguez *et alii* 1994: 11).

8. Altitud

La altitud absoluta en la que se ubican los yacimientos de Cogotas I depende de la configuración general del terreno, en la que los rellenos sedimentarios han sido tajados de forma desigual por la red fluvial, resultando un tipo de relieve donde alternan los altos relieves en cuesta que concluyen en la paramera y las llanuras aluviales más o menos onduladas. Además el levantamiento del Sistema Central originó una elevación general de los terrenos aledaños que hace que se observe un descenso en la altura desde las cumbres de la Sierra de Ayllón y sus proximidades, hasta la zona más baja de Montejo de la Vega (Tejero de la Cuesta 1988: 27-32). Así, las alturas absolutas sobre las que se asientan los yacimientos, oscilan entre los 1200-1160 m. en Santibáñez, al pie de la sierra, hasta los 860 m. de Montejo de la Vega 18, siendo las alturas más representadas las que oscilan entre 1040 y 930 m. (todos los yacimientos menos 4, es decir, el 76%, de los que uno está por debajo y tres por encima de esta altitud); y que viene a coincidir, en general, con las alturas correspondientes con el conjunto de yacimientos de Aldealengua-Languilla-Mazagatos-Ayllón. La consecuencia más importante de la ubicación sobre estas alturas en torno a los 1000 m. (la media es de 1.006 m.) es la de una mayor oscilación térmica y una mayor frialdad del clima, de ahí que una de las razones que se buscan a la hora del asentamiento de los poblados es la orientación oeste-sudoeste, que aprovecha más la insolación (Tejero de la Cuesta 1988: 65).

Sin embargo, más que la altura absoluta, interesa averiguar la altura relativa de los ya-

cimientos de Cogotas I con respecto al terreno circundante. En general, los yacimientos en vega se encuentran en torno a los tres metros de altura o menos; los que se asientan sobre lomas, oscilan entre 5 y 15 m., siendo la media de los mismos de unos 12 m.; los que aparecen en cerros oscilan entre 20 y 70 m., siendo la media de 47 m.; por último, los que se ubican en el borde del páramo oscilan entre 50 y 70 m., siendo la media de 60 m., sin alcanzar los desniveles de entre 80 y 100 m. como los del castro de La Plaza de Cogeces del Monte, Valladolid (Delibes y Fernández Manzano 1981: 52-53). En total, la media es algo elevada, de unos 31 m. debido a los yacimientos en alto.

9. Proximidad a fuentes de agua

La distancia con respecto del agua nos indica la importancia que tuvo que tener la presencia de la misma para ubicar el asentamiento. No siempre es fácil determinar los puntos de agua, por lo que hemos elegido siempre los ríos o los arroyos más importantes, a pesar de que estos últimos aparecen secos en los meses de verano. Según los estudios de paleoambiente, posiblemente los cauces de ríos y arroyos sufrieran una sequía menor en el tiempo y de menor cuantía durante la Edad del Bronce, debido a que parece que las condiciones climáticas sería más húmedas que las actuales, con un terreno menos deforestado y un régimen pluvial mayor, como se ha constatado para la Edad del Bronce (Díaz-Andreu 1991: 595; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 101; Bellido 1996: 84; Burillo y Picazo 1997: 47; Ruiz-Gálvez 1998: 104-105, 194-195), o para épocas posteriores (Delibes *et alii* 1995b: 564-565; Blanco 1999: 83-85).

Así, los asentamientos en vega se encuentran junto al agua, a una distancia de entre 5 y 3 m.; los poblados en loma, salvo uno que está a unos 300 m., se localizan a menos de 100 m., con una distancia media de 105 m.; los que se encuentran sobre cerros, salvo uno que está a 900 m., aparecen a menos de 500 m., con una distancia media de 400 m.; por último, lógicamente, los asentamientos en borde de páramo se hallan a una distancia mayor, pero que en todo caso no parece insalvable, con distancias entre 600 y 200 m., lo que ha-

ce una media de 417 m.; en definitiva, el 88% de los yacimientos se encuentran a menos de 550 m. de fuentes de aprovisionamiento de agua, siendo la media global de 237 m. con respecto a estas fuentes.

En el estudio de la comarca palentina de laguna de La Nava también se comprueba esta cercanía a los lugares de aprovisionamiento de agua, bien sean cauces o lagunas, que en este caso es aún menor (Rojo Guerra 1987: 410-411). Posiblemente el menor nivel freático de la actualidad haya desecado arroyos y manantiales que pudieran existir durante la Edad del Bronce, lo que haría que algunas distancias extremas tendrían que ser menores que las aquí señaladas. Esta cercanía de los poblados a los cauces de agua regular sería, por tanto, otro de los elementos que habría que tener en cuenta a la hora de establecer el hábitat.

Por último, también habría que señalar la importancia de la existencia de cursos de agua en relación con una serie de ritos vinculados a los mismos que quizá estarían suplantando la existencia de enterramientos más *tradicionales* (Ruiz-Gálvez 1995b: 134, 153), de ahí la escasez de los mismo tanto en Cogotas I como en la Edad del Bronce en general enterrarse (Esparza 1990: 126-137; Delibes 1995 *et alii*: 56-57).

10. Vías de comunicación

En cuanto a las vías de comunicación, su recreación en época prehistórica es muy complicada (Ruiz-Gálvez 1998: 96), por lo que se ha seguido para ello la determinación de las principales vías de comunicación naturales y la situación con respecto a éstas de los yacimientos, que, lógicamente, se conectarían a través de las mismas. Estos caminos seguirían fundamentalmente los valles de los ríos, por lo que creemos que la principal vía de comunicación natural en la región nordeste de Segovia tuvo que ser el corredor formado por el río Aguijesejo y su prolongación, aguas abajo, por el curso medio del Riaza; este camino discurriría en ambos casos por la margen derecha, ya que apenas se documentan yacimientos en la margen izquierda y porque por este lado desembocan una serie de ríos, como el mismo Riaza, que supondría un obstáculo

insalvable en determinadas épocas del año.

Esta situación posiblemente pueda explicarse por la configuración del terreno, con una llanura aluvial mal drenada que daría lugar a un terreno si no pantanoso todo el año, sí con niveles de humedad que impedirían el aprovechamiento del terreno para cereales de secano y, por tanto, el asentamiento de la población, así como también dificultaría el tránsito por estos terrenos, una situación que nos parece que puede ser análoga a la que se describe para la llanura del Ampurdán (Pons i Brun 1984: 32). Esta configuración del terreno es la que ha determinado la escasez de poblamiento en esta orilla izquierda del Aguijejo y del Riaza y el que los caminos discurran por la orilla derecha a lo largo de toda la época histórica. Por el contrario, la ribera derecha presenta una configuración algo más elevada debido a la forma de erosión durante el Pleistoceno, con una serie de terrazas que impedirían no sólo las inundaciones, sino también la existencia de encharcamientos en los meses húmedos.

Los yacimientos que se registran fuera del eje de comunicación pudieron estar en relación con una serie de ramales secundarios que conectarían la zona central de poblamiento con otras zonas próximas. Así, estos caminos conectarían la vía principal con los asentamientos más alejados del valle del río, en la zona de la paramera, como por ejemplo con Cantos Labrados (Ma-10), que, como vimos, se encontraba a unos 2500 m. del valle del Riaza. En épocas posteriores, algunos de estos caminos se han convertido en cañadas, como por ejemplo la que pasa cerca de Encinas (Cañada Real Segoviana), Maderuelo y Mazagatos (dos ramales de la Cañada Real Soriana Occidental) o la que lo hace por Estebanvela (una cañada secundaria o cordel, dependiente de la Cañada Real Soriana Occidental), lo cual no quiere decir que estos caminos medievales, que están conectando centros ganaderos medievales con los lejanos apostaderos meridionales, tengan por qué estar fosilizando siempre caminos anteriores.

En general la mayoría de los yacimientos se encuentran a menos de 500 m. del camino que sigue la margen derecha del río Aguijejo-Riaza, lo que por sí solo refuerza la idea de que es esta vía de comunicación principal du-

rante la Edad del Bronce. Esto ocurre con los dos yacimientos en vega; 5 de los 7 en loma; 3 de los 4 en cerro; y 3 de los 4 en páramo. De los cuatro yacimientos que no cumplen esta premisa, hay dos en Estebanvela, aunque estos dos podrían estar relacionados con un posible camino transversal; el tercero, el inseguro Cantos Labrados (Ma-10), se sitúa a 2500 m. de esta vía, aunque en sus cercanías discurre uno de los ramales de la Cañada Real Soriana Occidental, el que procede de Valdanzo; y el cuarto corresponde al aislado núcleo de Encinas, fuera del ámbito de la vía que discurre por el valle del Aguijejo-Riaza, pero a 1500 m. de la Cañada Real Segoviana y a algo menos de uno de los cordeles de la misma; este camino estaría en relación con una serie de yacimientos que, bordeando el macizo de la Serrezuela, conectarían el núcleo de Sepúlveda con nuestra área de prospección.

Sin embargo, en ocasiones sí que puede haber una cierta coincidencia, como parece ocurrir en algunos de los caminos de nuestra área de prospección o como parece demostrarse, ya en época muy posterior, para los poblados vacceos del centro de la Cuenca del Duero (Sierra Vigil y San Miguel Maté 1995: 396-398). De todas formas, el que existan coincidencias entre estos hipotéticos caminos prehistóricos y las cañadas medievales, cuando las razones de la existencia de unos y otras serían tan diferentes, así como los intereses de sus respectivas poblaciones, no deja de plantear interrogantes. Quizá esta coincidencia en recorridos que podrían ser alternativos, como por ejemplo en el caso de las vías transversales al camino natural del Aguijejo-Riaza, sea tal porque los vados de los ríos las hagan coincidir a lo largo del tiempo. Así, la vía transversal de nuestra área de prospección, que a continuación definiremos, lo sería durante la Edad del Bronce, y posiblemente durante la Edad del Hierro; posteriormente creemos que se convertiría en la calzada romana que uniría Tiermes y Segovia¹⁷.

Aunque Cantos Labrados (Ma-10) y Las Huertas (E-1) puedan relacionarse con estas cañadas, creemos que donde se puede constatar la existencia de un vía transversal al camino del río es la que discurriría al pie de la sierra en el término de Estebanvela. En este nú-

cleo, ya en una zona de mayor altitud y mejor drenada que las tierras de la margen izquierda del tramo final del Aguijoso y del Riaza hasta la confluencia de ambos, es decir, en los términos de Ayllón, Mazagatos, Languilla y Aldealengua, se aprecia que junto a un yacimiento en alto, Valdelagorda (Ebv-7), el otro yacimiento, Villacortilla I (Ebv-2), aparece en la margen izquierda de un afluente del Aguijoso, el río Villacortilla, es decir, en una zona en la que en toda la superficie de prospección de esta área central de poblamiento de Cogotas I, aparece como despoblado. Esta anomalía en la distribución de los asentamientos coincide con la existencia de una cañada de época medieval y moderna que recorre el piedemonte de la sierra y que, al menos, conectaría la zona al pie de la sierra de la provincia de Soria, es decir, la comarca de Tiermes, en cuyas inmediaciones se encuentran los yacimientos de Los Tolmos de Caracena, Cuevas de Ayllón o el de Carratiermes, y el piedemonte segoviano. Hay que recordar que se trata de una comarca con la que los yacimientos de Cogotas I de la provincia de Segovia presentan una serie de paralelos que se han interpretado por tratarse de un ámbito común (Jimeno y Fernández Moreno 1991: 122-123), que, por tanto, debería tener una comunicación todo lo fluida que podría serlo en la Edad de Bronce.

Si medimos la distancia de estos dos yacimientos de Estebanvela en relación con esta cañada o vía transversal, para el presente caso, comprobaremos que las distancias que anteriormente presentaban y que eran algo mayores que las usuales en los otros núcleos de Cogotas I (750 m. en Valdelagorda -Ebv-7- y 1250 m. en Villacortilla I -Ebv-2- con respecto al camino del valle del río), se quedan a unas distancias mucho más reducidas si los medimos con respecto a esta posible vía transversal, posteriormente transformada en vía pecuaria; a saber, 200 m. en Valdelagorda (Ebv-7) y en la misma vía o junto a ella en Villacortilla I (Ebv-2).

Además, y como apuntábamos al principio de este trabajo, creemos que se puede vislumbrar un eje de comunicación entre el núcleo de Arevalillo y el del nordeste de Segovia (fig. 1). Si observamos el mapa de dispersión de yacimientos de la mitad oriental de Segovia,

comprobaremos que en el piedemonte de la sierra hay una serie de yacimientos de Cogotas I entre ambos núcleos, pero sin conectar con ninguno de ellos. Creemos que más que falta de yacimientos real, nos encontramos ante la falta de investigación: así, de algunos términos municipales que coincidirían con el posible eje de comunicación, carecemos de información, como por ejemplo en Ribota o Riofrío de Riaza (números 171 y 172 del mapa); pero es que de Riaza, con algo más de 15.000 ha., sólo se han documentado nueve yacimientos, siete de época medieval y moderna (en general ruinas bien conocidas o despoblados) y dos yacimientos bajoimperiales que curiosamente ya aparecían recogidos por bibliografía, en algunos casos bastante anterior. Si a esto añadimos la comunidad de Montes de Sepúlveda y Riaza (C.M.R.S. en el mapa), sin datos, comprenderemos la existencia de este vacío.¹⁸

Por todo ello, todas estas circunstancias nos podrían estar indicando la existencia de este camino o eje de comunicación, que tuvo que discurrir por el piedemonte de la sierra, ya que el despoblamiento de la vega del Riaza medio, en especial su margen izquierda, unido a las condiciones de encharcamiento de parte de estos terrenos, parecen indicar que sería muy difícil la existencia de una vía por esta parte, y que conectaría los núcleos de Cogotas I del sudoeste soriano y el nordeste segoviano, con el resto de la provincia de Segovia, en especial, con el núcleo de Arevalillo.

En cuanto a Encinas, aparte de encontrarse junto a uno de los ramales transversales de la Cañada Real Segoviana, su pertenencia a un posible eje de comunicación, aunque de una forma menos segura que en el del camino del piedemonte serrano, podría colegirse del hecho de que aparecen una serie de asentamientos de Cogotas I entre el núcleo de Sepúlveda y el del nordeste de Segovia, como ya hemos apuntado anteriormente.

En todo caso, esta proximidad de los núcleos de población con respecto a la vía principal del valle del río o de este camino secundario del piedemonte nos informa de otro aspecto del poblamiento durante la Edad del Bronce Medio, a saber, el que el asentamiento de los yacimientos estaría condicionado

por las vías de comunicación, aparte de los otros condicionantes ya referidos; así la media global de las distancias con respecto a las diferentes vías de comunicación es de 304 m.

Lo que es más difícil de determinar es la causa de la existencia de estas vías de comunicación entre los diferentes grupos, que en principio practicarían una economía muy autosuficiente, y los resultados de las mismas, es decir, la generalización de una serie de características culturales por amplias regiones de las dos mesetas que avalaría esta comunicación entre grupos. Para algunos autores la explicación tendría que ver con el intercambio de regalos entre las elites en una sociedad que para ellos parece claramente de jefaturas (Delibes *et alii* 1995a: 56) o con el intercambio de mujeres (Delibes y Abarquero 1997: 131; Abarquero 1997: 90), dentro de una relaciones exogámicas de los diferentes grupos; quizá sean éstas hipótesis las que permitan explicar el por qué de las vías de comunicación entre los diferentes grupos del Bronce Medio y la consiguiente uniformidad cultural de amplias regiones, algo que ya venía ocurriendo desde etapas anteriores, especialmente desde el Campaniforme (Garrido Pena 2000: 201-202). Igualmente, para la etapa campaniforme se ha postulado que estas redes no habría que entenderlas en el sentido moderno de las vías de comunicación, es decir, como vías regulares de comercio cuyo objetivo es la consecución de un beneficio; más bien habría que verlas como lugares por los que en determinadas circunstancias se trasladaría parte de la población, con motivos más cercanos a lo social que a lo económico, buscando el establecimiento de vínculos sociales, o la obtención de determinados elementos materiales cuyo valor más que utilitario estaría en su carácter simbólico o único del que lo poseyera, lo que revalidaría la incipiente jerarquización social que se les supone (Garrido Pena 2000: 32).

11. Análisis de captación de recursos

El análisis de captación de recursos, con todas las posibles modificaciones que puedan haber tenido lugar desde la Prehistoria hasta nuestros días, nos indica una preferencia de los yacimientos de Cogotas I por ubicarse

cerca de los terrenos de labor, que tradicionalmente y hasta ahora se han dedicado al cultivo de los cereales. Si comprobamos la superficie de un radio de un kilómetro (fig. 6), veremos como la media de terreno dedicado al cultivo es de un 63%, que coincide exactamente con la de un radio de 5 km. En casi todos los núcleos o subnúcleos¹⁹ el porcentaje de terreno agrícola es superior al 50%, salvo en los dos núcleos de Montejo y en el de Santibáñez, documentándose porcentajes superiores o iguales al 80% en Encinas, Aldealengua, Languilla, Ayllón y los dos yacimientos de Estebanvela. Este menor porcentaje de terreno agrícola coincide con las zonas de menor densidad de yacimientos y su mayor separación entre ellos, como ocurre en el caso de Montejo, por lo que indirectamente podría redundar en la importancia que debió tener la existencia de terrenos apropiados para su cultivo a la hora de establecer los asentamientos. En el caso de Santibáñez, en un ambiente ya muy serrano, deberíamos pensar en un poblado con una mayor dedicación pastoril y, al igual que ocurre en Los Tolmos de Caracena, quizá con un emplazamiento temporal (Jimeno y Fernández Moreno 1991: 123).

Si lo que comprobamos es la superficie con un radio de 5 km. (fig. 6), vemos cómo los yacimientos que en el anterior apartado tenían una superficie agraria muy elevada, descienden ahora, mientras que suben los que anteriormente tenían menor cantidad de tierras cultivables. Así, sólo Encinas supera el 80% y 8 núcleos o subnúcleos superan el 60%; los dos de Montejo estarían ahora en torno al 40% y Santibáñez no llegaría al 20%.

Por todo ello, podemos concluir que la hipótesis de una mayor dedicación a la agricultura por parte de las poblaciones de Cogotas I, tanto en las llanuras sedimentarias de la cuenca del Duero, como en los valles periféricos a la misma y ya en ambientes muy próximos a la sierra, parece comprobarse tras el análisis de captación de recursos de los yacimientos de la cuenca del Aguijoso-Riaza. Es más, hemos cuantificado el porcentaje de hectáreas cultivadas en los diferentes términos municipales que componen el valle desde Montejo hasta Santibáñez de Ayllón con datos del Ministerio de Agricultura de 1999, y

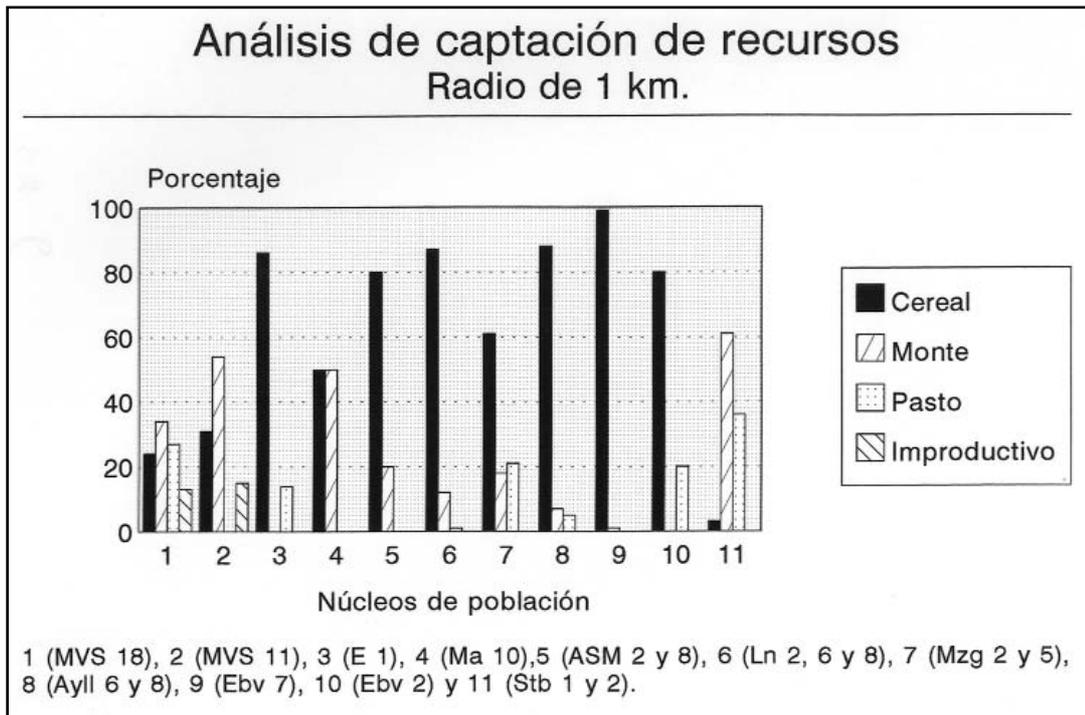


Figura 6.- Análisis de captación de los recursos de los yacimientos en un radio de un km.

el porcentaje de superficie cultivable es de un 58%²⁰, por lo que el porcentaje de los análisis de captación supera ligeramente esta media del territorio, lo que creemos que implica una ubicación de los yacimientos condicionada por la existencia de amplios terrenos potencialmente aptos para el cultivo.

En líneas generales, se mantiene por parte de muchos investigadores que la economía de las poblaciones durante la Edad del Bronce Medio continuarían con las pautas características desde el Calcolítico, es decir, con una agricultura y ganadería itinerantes²¹, por tanto, una forma de explotación del territorio extensiva, con la ocupación de los diferentes paisajes que conforman el entorno (se puede pensar en un recorrido cíclico por determinados territorios), que determinan un tipo de hábitat temporal, de estructura simples, como ya se ha comentado (Romero y Jimeno 1993: 176; Fernández-Posse 1998: 117, 119). Tanto los análisis polínicos (Jimeno 1984: 214; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 123-124), como los dientes de hoz, los molinos de manos, o los silos, nos remiten a una actividad agraria cada vez más importante (Romero y Jimeno 1993: 179; Delibes *et alii* 1995a: 54-

55), actividad que debió ser de tipo itinerante por la dificultad de mantener la fertilidad de los suelos (Martínez Navarrete 1988: 124; Ruiz Gálvez 1998: 184-185).

Sin embargo, esta agricultura itinerante también se pone en cuestión por algunos autores que plantean la existencia de unas estrategias basadas en producir y almacenar a largo plazo, como demuestran los silos con gran capacidad de almacenamiento durante largos periodos de tiempo; esto estaría en contradicción con la visión itinerante de estos grupos, mientras que otros investigadores señalan paralelos etnográficos de poblaciones mucho más estables con economías similares (Bellido 1996: 90-92).; quizá esta hipótesis de la itinerancia deriva, según estos autores, de una visión evolucionista de la Prehistoria (Burillo y Ortega 1999: 124-125).

Respecto a la existencia de pastos, pastizales, humedales y otros terrenos más adecuados para el sostenimiento de una cabaña ganadera, los porcentajes que arroja el análisis de captación son mucho menores, con una media del 18% en un radio de 1 km. y de tan sólo un 7% en un radio de 5 km. Esta menor proporción podría corregirse teniendo en

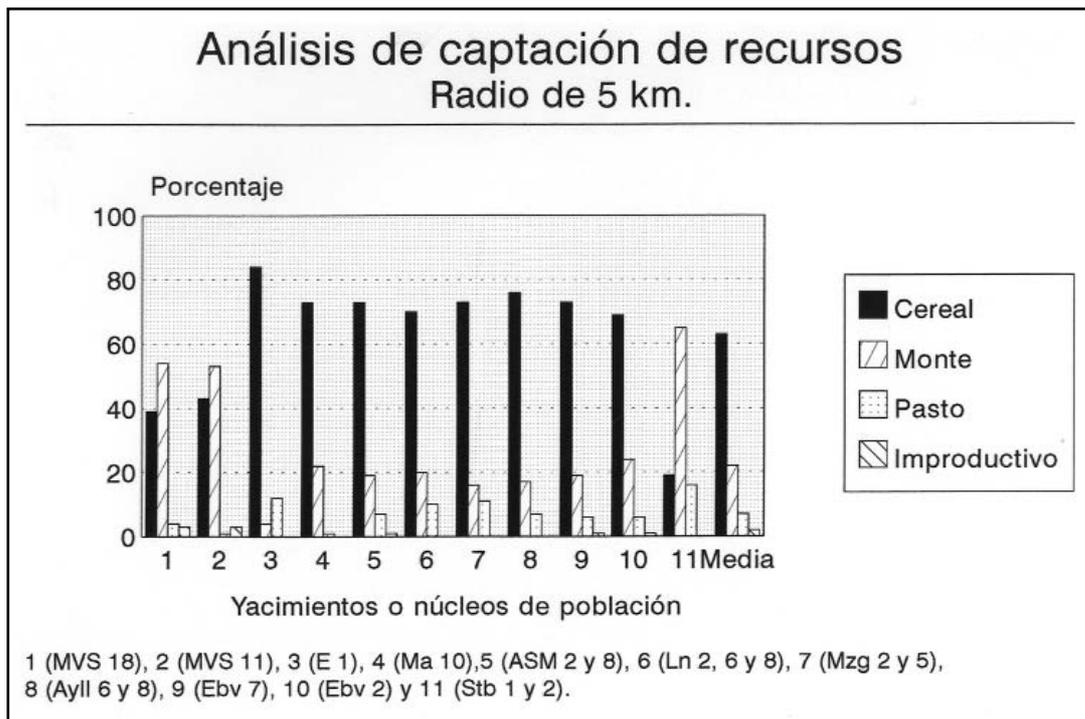


Figura 7.- Análisis de captación de los recursos de los yacimientos en un radio de 5 km.

cuenta el posible pastoreo del monte y, sobre todo, el que el tipo de agricultura que practicarían dejaría la mayor parte del terreno agrícola en barbecho, por lo que podría ser aprovechado principalmente por la cabaña ovina. Estos terrenos apropiados para una ganadería extensiva, se complementarían con una serie de pastizales, muchos de ellos en las orillas de unos ríos más caudalosos y a la vez con mayores zonas de encharcamiento, lo que implicaría una superficie de los mismos mayor que la actual, que sí que parece que determinan la ubicación de algunos yacimientos, al encontrarse en un radio de 1 km., por ejemplo en El Mirabueno (MVS-18), en Encinas, Mazagatos, Villacortilla I (Ebv-2) y Santibáñez. Así, si comparamos los M.T.N. actuales con los de antes de la mecanización de la agricultura (en concreto, la edición de 1935 de la hoja de Ayllón), comprobamos una mayor extensión de humedales que en la actualidad, y eso que esta escala enmascara la existencia de pequeños bodones, charcas... que en épocas anteriores tuvieron que tener un papel superior al de sus reducidas dimensiones. De hecho, en un reciente trabajo se insiste en la relación entre los yacimientos de Cogotas I,

en especial los de la primera fase o Protocogotas I, y las zonas con riesgo de inundaciones (Jimeno 2001: 146, fig. 6,2).

Hoy en día ya no se acepta la tesis de una economía totalmente ganadera como los hallazgos de los años 50 en los rebordes montañosos parecían concluir (Maluquer 1956: 196-198; Delibes 1995: 81), pero sí el que la actividad ganadera tendría una cierta importancia, de ahí que esté bien documentada en los yacimientos, como en *Ecce Homo* (Almagro Gorbea y Fernández Galiano 1980: 117-120) o Los Tolmos (Jimeno 1984: 213-214; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 123-124); por otro lado, parece que los análisis de fauna de los yacimientos de Cogotas I muestran ahora un predominio de las especies domésticas frente a las cazadas (Romero y Jimeno 1993: 179).

En todo caso, en sociedades con economía de subsistencia, como la de Cogotas I, parece que no es rentable una dedicación exclusiva a alguna de los dos actividades económicas productivas, sino, por el contrario, su complementariedad, desarrollándose más una de las dos según el espacio ecológico donde se asentara la comunidad en cuestión, por lo que

es preferible hablar de tendencias económicas más que de determinados yacimientos se dediquen a la agricultura o ganadería (Fernández-Posse 1998: 117). Esta complementariedad de la producción económica condiciona una cierta homogeneidad cultural entre las diferentes regiones que componen el área que ocupó esta cultura a lo largo del Bronce Medio y Final, ya que una dedicación exclusiva habría permitido la aparición de hechos diferenciales entre grupos que explotan unidades ecológicas diferentes y complementarias y el establecimiento de relaciones de competencia entre ellos (Fernández-Posse 1998: 118). Lo que no queda tan claro es cómo se pudo mantener este equilibrio entre población y recursos que permitió mantener a Cogotas I su modelo de explotación y, por tanto, sus características a lo largo de varios siglos sin apenas cambios (Fernández-Posse 1998: 120). Sin embargo, más adelante intentaremos plantear una explicación en relación con este problema.

Uno de los aspectos que se han suscitado al estudiar la ganadería de Cogotas I es la existencia de un pastoreo trashumante o transterminante, que en otros momentos se utilizó para explicar la expansión de Cogotas I fuera de su territorio nuclear (Molina 1978: 169). Hoy en día parece que ni la expansión de Cogotas I ni la tesis de la trashumancia goza de amplia aceptación al constatarse que para este tipo de desplazamientos a larga distancia se necesitaba una organización estatal muy alejada de la Edad del Bronce (Bellido 1996: 80-81); también se están poniendo en duda la pretendida expansión de Cogotas I a partir de esta trashumancia, en la que más que el dinamismo de los pueblos de la Meseta, estaríamos ante una región receptora del influjo de las regiones periféricas (Jimeno 2001: 150). Lo que sí que pudo darse y parece constatado en Los Tolmos, es una trashumancia de primavera-verano con desplazamientos cortos, para complementar diferentes economías (Jimeno y Fernández Moreno 1991: 123; Fernández-Posse 1998: 119; Jimeno y Martínez Naranjo 1999: 182), que de todas formas debería suponer la existencia de una fuerte jerarquización social (Almagro *et alii* 1994: 28), una situación que a tenor de los datos ofrecidos por el análisis de captación

del territorio, podrían haberse dado en el núcleo de Santibáñez, que es el que ofrece menor porcentaje de terreno cultivable.

12. Tipos de yacimientos

Aunque no siempre se ha podido documentar claramente, creemos que en general debe corresponder al denominado de *hoyos*, *fondos de cabaña* o *silos*, habiéndose registrado claramente, por erosión del terreno, en El Prado (ASM-2), hoyos de sección ultramicircular y otros de sección acampanada, con suficientes paralelos en los abundantes yacimientos ya excavados de Cogotas I (Bellido 1996: 29); un ejemplo de yacimiento que presenta las dos secciones recogidas en El Prado (ASM-2) es, por ejemplo, el de El Teso de la Macarroña, en Valladolid, datado en la primera fase de Cogotas I y en la fase de plenitud (Arranz Mínguez *et alii* 1993: 76).

Se trata de un tipo de estructura bien conocido en muchos yacimientos, tanto de la Edad del Bronce como en épocas anteriores y posteriores. Existe abundante bibliografía sobre la finalidad de estos hoyos (Martínez Navarrete 1988: 883-910; Bellido 1996: 21 y ss.) y en general, frente a los que en algún momento se ha pretendido, no parece que se realizaran con una función de basureros (Bellido 1996: 18), aunque normalmente se encuentran colmatados de todo tipo de desperdicios, como en el caso de El Prado (ASM-2), debido al esfuerzo que supone su excavación, sobre todo cuando en algunos casos se han realizado sobre terrenos firmes (Delibes *et alii* 1995a: 52). Y además, porque nada impediría a sus habitantes deshacerse de los desechos arrojándolos fuera de los poblados, como se ha venido realizando hasta el siglo XX en todos nuestros pueblos. En algunos casos sí que parece que se aprecia que el proceso de colmatación tuvo que ser una acción rápida y premeditada por parte de sus pobladores, quizá por el peligro que entrañaban para sus moradores o bien para desembarazarse de basuras molestas (Rodríguez Marcos 1993: 66; Bellido 1996: 26); algo que, sin embargo, en otros yacimientos no parece constarse, sino que, por el contrario, se puede apreciar una colmatación lenta y discontinua de los hoyos (Arranz Mínguez *et alii* 1993: 77; Bellido

1996: 24, fig. 2). También se ha llegado a sugerir que el posterior relleno podría deberse a la propia avenida de los ríos, sobre todo en los poblados en vega (Sanz García *et alii* 1994: 76-77). En cualquier caso, el problema es determinar cuál pudo ser la causa que llevó a su excavación y ante esta incógnita se han sugerido diferentes hipótesis.

En la mayoría de los casos parece que se trataría de silos de alimentos, pudiendo almacenar hasta una tonelada o más de cereal (Bellido 1996: 28-30 y 38), bien porque aparezcan recubiertos con un mantado de barro o porque presenten señales de rubefacción, lo cual parece ser un tratamiento adecuado para preparar espacios destinados a almacén, aunque no es imprescindible este tipo de recubrimientos para preparar un silo (Martínez Navarrete 1988: 889; Bellido 1996: 31-32, 38-39); en otros casos estos silos contendrían vasijas de almacenamiento (Martín Benito y Jiménez González 1989: 267; Rodríguez Marcos 1993: 66; Pérez Rodríguez *et alii* 1994: 12; Palomino Lázaro *et alii* 1999: 24); también pueden haberse construido para utilizarlos como hornos de cerámica (Pérez Rodríguez y Fernández Giménez 1993: 55); depósitos rituales (Bellido 1996: 46-47) o como lugares de enterramiento (Esparza 1990: 130; Bellido 1996: 44-45); e incluso algunos, por su tamaño, podrían tratarse de verdaderos *fondos de cabaña*, como, por ejemplo, puede ser alguno de los hoyos de La Huelga, en Palencia (Pérez Rodríguez *et alii* 1994: 12); de La Horra, en Burgos (Palomino Lázaro *et alii* 1999: 25); o del más próximo yacimiento de Cuevas de Ayllón, en Soria, con una cabaña de 2,40 m. de ancho y restos de un posible hogar (Ortego 1960: 129).

Lo que sí que parece claro para la mayoría de los investigadores es que estos hoyos sólo serían una parte de las construcciones de los poblados de Cogotas I, faltando en general las cabañas de los pobladores, definidas normalmente como endebles, realizadas a base de entramado vegetal y barro, y que debido a esta precariedad de construcción, unido a la no permanencia en el tiempo de este tipo de poblaciones, implicaría un depósito de materiales escaso, y haría que se conservasen sólo en contadas ocasiones restos de las mismas; así, ejemplos de estas cabañas los podemos

observar en los cercanos yacimientos sorianos de Carratiermes, con parte de una cabaña ovalada (Bescós 2001: 257, fig. 91) y, sobre todo, en Los Tolmos de Caracena, con otra vivienda que presenta unas dimensiones de 6 por 2,5 m. o 3,5 por 1,5 m. (Jimeno 1984: 189; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 17-18, fig. 7); también encontramos estas estructuras elíptico-ovaladas en El Teso del Cuerno, Salamanca, con unas dimensiones de al menos 9 por 4 m. (Martín Benito y Jiménez González 1989: 266-267). En general parece que las plantas de las cabañas durante la Edad del Bronce sería rectangulares y ovaladas, con dimensiones muy variadas (Bellido 1996: 53 y 56, Gráf. 2). Por otra parte, algunos autores creen poder establecer, dentro de la aparente distribución anárquica de estos hoyos, la existencia de ciertas agrupaciones, que, piensan ellos, habría que explicar como testimonio de una ocupación familiar del espacio dentro de estas poblaciones o como indicio de una ocupación secuencial del poblado por un clan, en una *estratigrafía horizontal* (Pérez Rodríguez *et alii* 1994: 12-13).

Otros investigadores creen que debió haber una división del espacio habitado: así, allí donde se ha podido constatar, como por ejemplo en Los Tolmos de Caracena o en El Teso del Cuerno, así como en otros ejemplos que estos autores señalan fuera de la Meseta, se puede apreciar la existencia de un espacio destinado a los consabidos hoyos y otro, apartado del anterior, destinado a las endebles cabañas de Cogotas I (Rodríguez Marcos y Abarquero Moras 1994: 40; Bellido 1996: 71-73).

En el registro de la prospección hemos consignado en ocasiones otra denominación para designar el tipo de yacimiento atribuible a Cogotas I; ello se debe a que se está definiendo el tipo de yacimiento con la ocupación más característica del mismo, como el caso de La Martina (Ayll-6), definido como castro o poblado de la Edad del Hierro, o La Hocecilla (MVS-11), definido como despoblado medieval. Por tanto, creemos que todos estos asentamientos de Cogotas I deberían relacionarse con los denominados *hoyos*, salvo el caso diferente de Huerta de la Cueva (Stb-2), cuya ubicación en cueva le aleja de este modelo de población, aunque sin llegar a ser

algo excepcional, como lo demuestran, por ejemplo, los yacimientos de Arevalillo de Cega (Fernández Posse 1979: 82) o La Vaquera (Zamora 1976: 11), ambos en Segovia, así como los yacimientos funerarios de Cogotas I (Esparza 1990: 131-132), con los que creemos que podría estar más ligado por los restos de superficie encontrados.

13. Conclusiones. El modelo de poblamiento

Si recapitulamos lo que hemos expuesto hasta este momento, el área objeto de estudio presenta zonas de escasa densidad de población (la Serrezuela, tramo final del río Riaza a partir de Maderuelo y, en parte, el curso alto del río Aguijesejo), junto a otras, en especial el tramo del río Aguijesejo-Riaza entre los núcleos de población de Aldealengua de Santa María y Estebanvela (quizá también se podría incluir aquí el núcleo de Santibáñez de Ayllón, al sudeste de los anteriores) densamente pobladas durante la Edad del Bronce Medio. La densidad de poblados en la zona central del nordeste segoviano es de 0,11 yacimientos por km² (o un yacimiento cada 9 km²), lo que supone una cifra comparable con los otros dos núcleos del oriente segoviano, el de Sepúlveda, con 0,10 y el de Arevalillo de Cega, con 0,09 yacimientos por km², que en todo caso serían superiores a las densidades del centro de la cuenca del Duero, como por ejemplo la comarca palentina de La Nava (0,045 yacimientos por km², o un yacimiento cada 22 km² y que puede estar englobando yacimientos de las diferentes fases de Cogotas I) o la provincia de Valladolid (0,0062 yacimientos por km² o un yacimiento cada 161 km²).

Esta zona central del Aguijesejo-Riaza más densamente poblada coincide con un área de mayor aprovechamiento agrícola que la de la Serrezuela, que, por otro lado, estuvo más densamente poblada en época calcolítica que la zona del Aguijesejo-Riaza Medio. Esta diferencia del patrón de poblamiento reflejaría claramente un cambio de estrategias económicas entre ambas épocas, sin que ello signifique, como se ha comentado anteriormente una total especialización agraria, sino que, por el contrario, estaríamos ante grupos con actividades económicas muy diversificadas,

que posibilitarían mejor su subsistencia; sin embargo, ello no es óbice para que la actividad agraria tuviera un peso fundamental dentro de sus estrategias de supervivencia, como indicaría la ubicación preferente de los yacimientos junto a tierras de labor.

La localización de los yacimientos parecería indicar una cierta desconexión con las regiones del Duero medio, aunque los dos yacimientos de Montejo de la Vega en el tramo inferior del río Riaza, después de Aldealengua, zona que presenta grandes vacíos de población, por el contrario, indican la existencia de un eje de comunicación, de ahí que entre ambas regiones encontremos tantos paralelos en cuanto a la ubicación de los asentamientos, como en cuanto a su cerámica.

Con la que no parece haber relación es con la zona de Guadalajara, al no encontrarse yacimientos más allá de Santibáñez y constatar-se una falta de los mismos al otro lado de la sierra. Por el contrario, en donde sí encontramos esta conexión es con el sudoeste de la provincia de Soria, donde parece que se repite la regularidad en las distancias entre núcleos, que estarían en torno a la hora de marcha, lo que podría significar que nuestro núcleo de población sería mucho mayor y abarcaría esta zona soriana que la falta de prospecciones publicadas impide conocer.

Esta comarca a caballo entre el sudoeste soriano y el nordeste segoviano creemos que se relacionaría con el resto de la provincia de Segovia a través de dos ejes de comunicaciones: el que sigue el piedemonte serrano de las provincias de Soria y Segovia y llegaría hasta el núcleo de Arevalillo de Cega; y el que rodeando el macizo de la Serrezuela conectaría directamente con el núcleo de Sepúlveda a través de una serie de yacimientos, entre los que estaría el de Las Huertas (E-1). La existencia de estos ejes de comunicación, así como el de Montejo o Riaza inferior explicarían las similitudes en cuanto al poblamiento y la cultura material en toda esta región, especialmente entre las regiones de la periferia serrana.

El valle del río Aguijesejo-Riaza sería el lugar preferente de la localización de los yacimientos, con un 88% del total, que se sitúan bien en el valle, bien en el borde del páramo que lo enmarca. En general nos encontramos

ante dos tipos de emplazamientos, bien constatados en otras regiones: los yacimientos que se localizan en alto, ya sean en cerro o en borde de páramo, con un 47%; y los que lo hacen en llano, bien sea en las vegas o, mayoritariamente, sobre lomas, con un 53% entre ambos. Creemos que se puede establecer una relación entre yacimientos en alto con yacimientos en llano que se constata en 5 de los nueve núcleos definidos, es decir, en un 55%, que podrían incrementarse hasta los 7 núcleos, por lo que el porcentaje ascendería al 78%, al incluirse los dos ejemplos de Montejo de la Vega, como ya hemos comentado anteriormente. Estos núcleos, al menos en los de la zona central del poblamiento de Cogotas I, es decir, de Aldealengua (quizá también Maderuelo) a Santibáñez de Ayllón, se separan por distancias regulares de entre 4,5 y 6 km., es decir, una distancia que viene a coincidir aproximadamente con una hora de marcha desde el poblado.

La existencia de estos núcleos parece confirmarse al comprobarse cómo los yacimientos que los componen suelen estar conectados visualmente, siempre entre los yacimientos en alto y en bajo, aunque los que están en el llano no siempre tienen por qué verse entre sí, como por ejemplo ocurre en Languilla. Así mismo, los núcleos definidos suelen carecer de esta conexión visual con los otros núcleos vecinos, algo lógico en los yacimientos separados por distancias muy grandes, pero que también se comprueba en los que aparecen en la zona más densamente poblados. Así, ninguno de los nueve núcleos se divisa entre sí, salvo los de Languilla y Ayllón. En cuanto al control visual de su territorio, éste en general no es muy elevado salvo en tres casos, lo que parece indicar que la preocupación por el control visual sólo implica el territorio circundante, sin que se pretenda controlar un territorio mayor.

Las dimensiones de los yacimientos, por el contrario, no ofrecen un patrón regular, posiblemente por las alteraciones posteriores, bien por erosión, bien por las labores agrícolas, que dificultan la delimitación de la superficie original de los yacimientos. Esta irregularidad hace que encontremos yacimientos *grandes* para esta zona (pero no si los comparamos con otros asentamientos de la Meseta

Norte), de una hectárea o más; medianos, en torno a la media hectárea; o más pequeños tanto en alto como en llano, sin que determinados tamaños se puedan adscribir a tipos de asentamientos concretos. Por último, el tipo de yacimiento, sólo constatado en El Prado (ASM-2), sería el de *hoyos*, cuyo origen y funcionalidad ya hemos comentado en páginas anteriores.

La altitud absoluta, que depende de la configuración general del terreno, indica que la mayoría de los yacimientos, un 76%, se encuentran entre los 1040 y 930 m. de altitud, lo que determina la existencia de unas temperaturas extremas que condicionarían la vida económica de estas gentes. Respecto a la altura relativa, ésta depende de la ubicación dentro del valle de los yacimientos, de ahí que los que se encuentren en vega tengan una media de 3 m. de altura; los de loma tengan una media de 12 m.; los de en cerro, de 47 m. y los de borde de páramo, de 60 m., lo que les permite el control visual del tramo del valle correspondiente.

La distancia con respecto a las fuentes de agua sería otra característica que se tuvo que tener en cuenta para la localización de los asentamientos prehistóricos. Así, aunque encontramos una menor distancia con respecto al agua en los poblados de vega o loma, que los que están en cerro o borde de páramo, lo cual es lógico por la configuración general del paisaje de valle, en general, el 88% de los poblados, es decir, todos menos dos, se asentarían a menos de 550 m de estas fuentes de aprovisionamiento de agua. Esta distancia sería la máxima posible, ya que probablemente durante la Edad del Bronce habría mayor cantidad de agua por la presencia de niveles freáticos más superficiales y porque los ríos tendrían un caudal mayor.

Si el agua parece importante para establecer los poblados, también lo debería ser la existencia de vías de comunicación, que a pesar de la dificultad que entraña su seguimiento para época prehistórica, deberían existir para comunicar los diferentes poblados. Estas vías seguirían los caminos o corredores naturales existentes, por lo que creemos que la principal vía sería el propio valle del Aguijoso y del Riaza, en su margen derecha. Esta margen se encuentra sobreelevada al existir

una serie de terrazas fluviales que alejan el camino de posibles inundaciones o encharcamientos; además, se trata de la margen que carece de afluentes caudalosos, que dificultarían el tránsito, no como ocurre en la margen izquierda (con ríos como el Villacortilla o el Riaza mismo). Este camino sería el que enlazaría los diferentes núcleos del valle entre sí y de forma mucho más esporádica, por la menor densidad de poblamiento, con el valle del Duero.

A este camino ribereño y cuya existencia creemos que no debería plantear muchos inconvenientes, aunque se carezca de evidencias materiales sobre su existencia, habría que añadir al menos otra segunda vía que creemos que seguiría el piedemonte de la sierra conectando el sudeste soriano con el resto de la provincia de Segovia, o al menos su parte serrana. La constatación de su trazado se debe a varios factores: en primer lugar los paralelismos que se aprecian entre los yacimientos del sudoeste soriano (los Tolmos, El Balcancillo o Carratiermes) con los yacimientos segovianos de la primera fase de Cogotas I (Arevalillo de Cega o la propia zona de prospección objeto de este estudio), lo que implica una cierta relación. En segundo lugar, la existencia de dos yacimientos en el término de Estebanvela que se apartarían del esquema de poblamiento en donde se aprecia que uno de los elementos definidores es la proximidad a la vía de comunicación natural Aguijesejo-Riaza, a menos de 500 m. (todos los yacimientos menos los dos de Estebanvela, el de Maderuelo y el de Encinas, es decir un 76%) y que todos se encuentran en la margen derecha, cosa que no ocurre con Villacortilla I (Ebv-2). Si este esquema de poblamiento fuera cierto, no parecería lógico que estos yacimientos se ubicasen muy alejados de los caminos que enlazan, por lo que habría que buscar posibles vías naturales. En tercer lugar, los dos yacimientos de Estebanvela se hallan junto a un ramal importante de la Cañada Real Soriana Occidental, cuya coincidencia, como ocurre en otras ocasiones, podría estar relacionada con la existencia de vados. Además, existe una serie de yacimientos a lo largo del piedemonte serrano que parecen indicar la continuidad de este eje de comunicaciones al menos hasta el núcleo de Arevalillo

de Cega. Por todo ello nos inclinamos a pensar que debería existir al menos esta segunda vía de comunicación en la comarca objeto de estudio, que discurriría por el término de Estebanvela.

Los otros dos posibles ejes de comunicación, el del Riaza inferior a través de Montejo de la Vega y el que bordea del piedemonte del macizo de Sepúlveda se basan en la dispersión de una serie de yacimientos y, en el caso de Montejo, en la continuación del camino natural del valle del Riaza.

El análisis de captación de recursos de los diferentes núcleos o yacimientos aislados ofrece unos datos que confirman esta dedicación predominantemente agrícola que hoy se postula para los grupos de Cogotas I. Así la media de terreno dedicado al cultivo tanto en un radio de uno como de cinco kilómetros es de un 63%, con cinco que superan el 80% (radio de un km.) y nueve núcleos o subnúcleos que superan el 60% (radio de cinco km.). Mucho menores son los datos referidos a los pastos con una media del 18% en un radio de 1 km. y de tan sólo un 7% en un radio de 5 km. Sin embargo, creemos que esta menor proporción podría corregirse teniendo en cuenta una mayor extensión de prados hasta los años 60, el posible pastoreo del monte y, sobre todo, el aprovechamiento de los barbechos y los terrenos no cultivados.

Del estudio de las características del modelo de poblamiento del valle del Aguijesejo-Riaza que acabamos de exponer, se pueden destacar dos consecuencias importantes: la primera, que habría un modelo de ocupación sistemática del territorio, que creemos que sería sincrónico en el tiempo; y la segunda, que se refiere a la posibilidad de establecer un modelo de jerarquización de hábitat o no.

Coetaneidad o diacronía de los asentamientos

Respecto a la coetaneidad o diacronía de los yacimientos, al tratarse de materiales recogidos en prospección, es poco lo que se puede decir. Como ya hemos mencionado anteriormente, en este trabajo nos inclinamos por la hipótesis de que la presencia de la técnica de boquique no debería significar necesariamente un momento algo más avanzado dentro de la secuencia de Cogotas I. En este

sentido, la aparición de cerámicas con decoración de boquique coincide casi siempre con otras con la decoración incisa, como por ejemplo en El Calvario (Ln-2), Peña del Gato (Ayll-8) y Huerta del Cura (Stb-3); sólo en el caso del aislado Aldealengua A4, que, por otro lado, debe estar relacionado con El Prado (ASM-2), claramente de la primera fase de Cogotas, y el asentamiento de Las Huertas (E-1), fuera del ámbito del valle Aguijesejo-Riaza y con muy poco material, encontramos la decoración de boquique sola sin acompañamiento de cerámicas incisas. Por otro lado las formas cerámicas sí se adscriben perfectamente, cuando los fragmentos son significativos, con la primera fase de Cogotas I. Todo ello nos hace pensar en una homogeneidad del material que nos indicaría que los yacimientos del área de prospección se adscribirían a esta primera fase de Cogotas I. Además, no se aprecia una dispersión especial de los asentamientos con restos de boquique, salvo una mayor preferencia por los asentamientos en llano (Las Huertas -E-1-, Aldealengua A4, El Calvario -Ln-2- y Huerta de la Cueva -Stb-2-) que por los que se encuentran en alto (Peña del Gato -Ayll-8-), que creemos que es puramente aleatoria y que no obedece a ninguna secuencia cronológica concreta.

Sin embargo, si la hipótesis aquí propuesta, de no significación cronológica del boquique no fuera cierta, lo que podría indicar la existencia de yacimientos con boquique sería una segunda fase de ocupación que se constataría en cuatro de los nueve núcleos, tres de ellos en la zona central de Cogotas I y que afectaría fundamentalmente a los poblados en llano, pero no a los asentamientos en alto, salvo el caso de Peña del Gato (Ayll-8), y que entonces retrasaría las fechas de la despoblación en esta zona a una etapa más avanzada dentro de la primera fase de Cogotas I, es decir, un ambiente similar al encontrado y definido como tal en el yacimiento de El Cementerio-El Prado, Quintanilla de Onésimo, en Valladolid (Rodríguez Marcos y Abarquero Moras 1994: 51-54). También significaría que la despoblación, que luego veremos, en primer lugar, afectaría a la zona de Montejo y Maderuelo, en la que no se han hallado decoraciones de boquique, mientras que la zona central del Aguijesejo-Riaza, permanecería po-

blada más tiempo, lo cual parece lógico al tratarse de la zona más densamente poblada dentro del área de prospección. En cualquier caso y como ya hemos comentado anteriormente, nosotros nos decantamos más por la primera hipótesis, es decir, por la no significación cronológica del boquique como veremos a continuación.

Esta inexistencia de cerámicas excisas y boquique en yacimientos tempranos del centro del Valle del Duero, como en Cogeces del Monte (Delibes y Fernández Manzano 1981: 51-71; Delibes *et alii* 1990: 85; Rodríguez Marcos y Abarquero 1994: 51-54, nota 13), frente a la presencia de las mismas, aunque exigua, en el reborde oriental de la Meseta, en yacimientos considerados antiguos dentro de Cogotas I, como sería el caso de Los Tolmos de Caracena (Jimeno 1984: 38; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 119-120), El Balconcillo del Río Lobos (de la Rosa 1991: 74) o Arevalillo de Cega (Fernández-Posse 1979: 83; Fernández-Posse 1981: 156) se ha interpretado por la existencia de diferentes grupos con diferente actividad económica o tradición cultural, que irían convergiendo hasta formar la cultura de Cogotas I avanzada o plena (Delibes *et alii* 1990: 85; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 122-123; Delibes y Romero 1992: 234) o que aquéllas pertenezcan a fases más modernas del yacimiento y por tanto tengan un sentido cronológico (Delibes *et alii* 1990: 85; Rodríguez Marcos y Abarquero 1994: 51-54, nota 13).

En conclusión, la existencia de un patrón de poblamiento regular que parece abarcar la zona central de la cuenca Aguijesejo-Riaza, con núcleos poblados cada 4-6 km., o lo que es lo mismo, con separaciones en torno a la hora de viaje, posiblemente extendida hacia el sudoeste de la provincia de Soria; la propia ubicación en alto de algunos asentamientos que parece indicar un interés por controlar una parte del valle; la uniformidad de la cerámica, que en todo momento nos remite a la primera fase de Cogotas I (salvo en el caso de Huerta de la Cueva (Stb-2), y quizá Valdalahesa (Stb-1), que nos remite a un momento temprano dentro de esta primera fase), y la continuidad en el hábitat desde época calcolítica, es lo que nos induce a pensar en un cierta sincronía de los asentamientos de Cogotas

I. Esto no significa que todos los asentamientos tengan que ser estrictamente coetáneos, pero sí creemos que los núcleos lo serían, pudiendo haber un cierto cambio dentro de cada núcleo, o lo que es lo mismo, que los núcleos serían sincrónicos, pero los asentamientos de cada núcleo no tendrían por qué serlo. Incluso si aceptamos la hipótesis de una diferencia cronológica entre yacimientos sin boquique y con boquique, como ya hemos comentado, este tipo de decoración aparece en cuatro de los seis núcleos de la zona central del valle del río Aguijejo-Riaza, lo que indicaría una sincronía en la continuidad del poblamiento de los núcleos, salvo en el caso de Maderuelo (dudoso) y el de Estebanvela.

Si esta hipótesis fuera cierta, estaríamos ante un indicio de *nuclearización* o de cierta estabilización de la población durante el Bronce Medio, frente a su pretendida itinerancia defendida por la mayor parte de los investigadores, que, sin determinar todavía la existencia de un único poblado que controlase el territorio de explotación y centralizase las actividades de subsistencia, como ya ocurre en el ámbito circummediterráneo desde el Calcolítico, aunque no parece en el caso de la Meseta salvo algunas excepciones (Burillo y Picazo 1997: 51; Garrido Pena 2000: 208), determinaría un reparto de la vega de los valles entre diferentes grupos de población, en donde el núcleo en altura se convertiría en un punto de control de su territorio y, también, en un hito de referencia visual para sus habitantes. Dentro de este territorio sí que podría darse una cierta itinerancia, aunque ésta no es imprescindible para la supervivencia, según apuntan algunos paralelos etnográficos (Bellido 1996: 90-92), sobre todo si el número de habitantes es reducido.

En este sentido, hay que señalar que también parece detectarse ya durante el Calcolítico, en especial en la Meseta centro-occidental y en la región madrileña, al igual que durante el Bronce Antiguo, en este caso ya con nuevos asentamientos en alto que parecen ejercer un control sobre pastos y vías de comunicación en el reborde oriental de la misma, una cierta estabilización de la población, que sería el precedente de la que aquí estamos comentando, sin llegar a la clara territorialidad de otras regiones (Garrido Pena

2000: 47-48; Jimeno 2001: 156-158).

Además, esta *nuclearización* supondría disponer de menor superficie de terreno de labor para los grupos asentados, en torno a los 4 ó 5 km. de radio, como hemos visto, de ahí que se necesitase ampliar la economía a todos los ecosistemas del valle, lo que posiblemente revalorizase el páramo como lugar de explotación. Por tanto, la ocupación de poblados en altura no sólo significaría un mayor control visual del terreno circundante, sino también una ampliación de los recursos aprovechables. En este sentido, hay que recordar que la paramera de la zona de Ayllón, en líneas generales, permite su aprovechamiento agrario por presentar unos suelos profundos, aunque siempre con menor productividad que las tierras del valle.

Sin embargo, aparte de la funcionalidad más económica de los diferentes tipos de yacimientos que hemos comentado, hay que tener en cuenta la propia transformación del paisaje por los grupos humanos en aras de establecer elementos de señalización de sus respectivos territorios dentro de un contexto de apropiación del territorio, en relación con la pretendida *nuclearización* de la población por la que aquí abogamos. Esta señalización, que en otros lugares se realiza mediante una serie de señales funerarias y/o artísticas, podrían ser sustituidas por los poblados en altura, que si bien estarían bastante mimetizados con el entorno, como ha ocurrido con nuestro pueblos hasta hace bien poco, la existencia de los hogares y los humos consiguientes, formarían señales claramente perceptibles por todos los habitantes del valle.

Respecto al número de habitantes, su estimación es muy difícil sin excavaciones de por medio y aunque el total no debió ser muy importante, la existencia de un patrón de poblamiento en vías de *nuclearización* indican que la población comenzaba a ser lo suficientemente grande como para que la parte central del valle fuese ocupada de forma sistemática.

Sin embargo, en contra de esta hipótesis de la sincronía de núcleos, podría aducirse el argumento de la escasa entidad de muchos yacimientos que sí que podría corresponder a un hábitat más inestable (Delibes *et alii* 1995 a: 53), si es que no se trata de yacimientos

desmantelados por la erosión, en especial los que se localizan en alto, o por las labores agrícolas, en los que se encuentran en llano, como ya se ha venido comentando anteriormente. En relación con esta hipótesis de la movilidad de estas poblaciones, se ha aducido la escasez de enterramientos y desde luego que no existan necrópolis, a lo que habría que añadir que posiblemente todos los integrantes de las comunidades de Cogotas I no tendrían quizá acceso a ser enterrados (Esparza 1990: 126-136; Delibes *et alii* 1995a: 56-57); sin embargo, también existe la explicación de que esta falta de enterramientos, más que deberse a esta pretendida itinerancia de sus habitantes, formaría parte de un proceso que se generalizaría a lo largo de la Edad del Bronce y parte de la Edad del Hierro en la Europa atlántica, donde las inhumaciones parece que son sustituidos por otras formas de sepultura, que se podrían relacionar con los depósitos de metales (Ruiz-Gálvez 1995b: 134-153). Además, la tesis de una agricultura itinerante también se está poniendo en cuestión al constatar la existencia de estrategias basadas en la producción y en el almacenamiento a largo plazo de productos agrícolas, ya que quizá se esté confundiendo dispersión de población con inestabilidad (Burillo y Ortega 1999: 124-125). Por otro lado, una serie de paralelos etnográficos indican la posibilidad de que las poblaciones agrícolas pudieran permanecer largos períodos de tiempo en un mismo lugar, sin tener necesidad de trasladarse a otros puntos del entorno; igualmente señalan que el tipo de viviendas de Cogotas I, a pesar de su precariedad, puede durar varias generaciones con pequeños retoques (Bellido 1996: 90-92 y 85, respectivamente).

¿Jerarquización del hábitat?

La otra consecuencia del modelo de poblamiento de la zona nordeste de Segovia es que este esquema de poblamiento podría dar pie a una explicación que supondría la existencia de una jerarquización del hábitat, como ya se ha venido proponiendo por otros investigadores de Cogotas I. Así, para el centro de la Cuenca del Duero se ha pensado ya que en la primera fase de Cogotas I, o Protocogotas I, como estos autores prefieren denominar, ha-

bría un cierto control por parte de los poblados en alto sobre los que están en el llano que serían poblados menos extensos y probablemente con mayor movilidad; los primeros serían pocos en número y se localizan sobre lugares destacados y tenemos indicios de que tendrían una ocupación más estable, como podría dar a entender la muralla de el castro de La Plaza de Cogeces del Monte, Valladolid (Delibes y Fernández Manzano 1981: 53); en este sentido, ya anteriormente se había señalado la intención defensiva de este tipo de emplazamientos, como ocurre en el caso del Ecce Homo, aunque de una época más avanzada de Cogotas I (Almagro Gorbea y Fernández Galiano 1980: 116). Este esquema claramente jerarquizado permite pensar que debió haber una cierta complementariedad entre estos yacimientos, lo que reflejaría una organización más compleja y jerarquizada que la que se les suponía hasta ahora (Rodríguez Marcos 1993: 69; Delibes 1995: 80; Delibes *et alii* 1995a: 53), al menos en la zona occidental de la Meseta, no siendo esto tan claro en la oriental (Jimeno 2001: 163). Para otros autores esta jerarquización sería tan intensa que daría lugar a situaciones incluso de explotación económica y de redistribución de los excedentes por parte del poblado en alto (Cruz 1997: 270). Por último, para otros esta jerarquización del hábitat sí que parece que se ha confirmado desde finales del segundo milenio a.C. al menos en la zona sudoccidental de la Meseta, en este caso, debido a la influencia de la reactivación de los intercambios tanto en el mundo atlántico-centroeuropeo como mediterráneo (Álvarez-Sanchís 1999: 51, 61).

Esta hipótesis de la jerarquización del hábitat unida a la existencia de elementos de prestigio claramente importados, a través de los cuales las elites proclamarían su poder, al control de los yacimientos metálicos por las mismas (Fernández Manzano 1986: 138-142; Delibes y Romero 1992: 238-240; Cruz 1997: 270), a la posibilidad de que se diesen traslados de ganados a media distancia (Almagro *et alii* 1994: 28) o la conservación de silos no domésticos que podría detentar una elite, incluso ya en el Calcolítico (Garrido Peña 2000: 198), suponen una serie de indicios que esgrimen estos autores para conside-

rar que la estructura social de Cogotas I tuvo que ser ya de jefaturas, con fuerte jerarquización social, aunque sin alcanzar el grado de complejidad de los yacimientos centralizados del sur y este peninsular (Esparza 1990a: 132-134; Delibes *et alii* 1995a: 53, 57-58); esta jerarquización social incluso se postula ya para el Campaniforme en la Meseta, aunque en casi ningún caso se trataría de jerarquización de hábitat (Garrido Pena 2000: 26-32, 208).

Lo que no explican estos autores es cuál sería la causa del surgimiento de esta fuerte jerarquización social y del hábitat, que, en todo caso, no parece muy compatible con el tipo de agricultura de rozas que a su vez suponen para Cogotas I; existen explicaciones para este tipo de situaciones en el ámbito mediterráneo e incluso para la Meseta Sur, que hacen hincapié en la necesidad de prever riesgos y que por un método, en parte difusionista, trasladarían desde la costa a los territorios del interior tanto la sedentarización de las poblaciones como su estratificación social (Díaz-Andreu 1991: 38). Para el Campaniforme se insiste en los cambios económicos producidos por la denominada *revolución de los productos derivados*, ya desde un Neolítico avanzado, que posibilitarían la existencia de excedentes que podrían ser controlados por unas incipientes jerarquías, así como transformaciones demográficas y sociales que posibilitaron la existencia de diferencias dentro de los grupos campaniformes, en donde los líderes de estas comunidades utilizarían los conocidos ajuares para reafirmar su posición frente al resto de la comunidad en un momento de compleja transición entre las sociedades igualitarias y las jerarquizadas (Garrido Pena 2000: 26, 31, 198).

Por el contrario, para otros autores más que una fuerte jerarquía dentro de la sociedad de Cogotas I, lo que habría sería un cierto liderazgo, o lo que es lo mismo, una jefatura en grado mínimo; esta hipótesis estaría avalada por la existencia de un modelo de explotación económica extensivo que implicaría la existencia de una territorialidad y la necesidad de un liderazgo para coordinar acciones colectivas, pero que no implicaría una fuerte jerarquización, ni una institucionalización del poder, ni su perpetuación, es decir, un modelo

más propio de sociedades cuasi-igualitarias que, por otro lado, suele permanecer sin cambios durante largos periodos de tiempo como ocurre con Cogotas I (Fernández-Posse 1998: 121-122). En este sentido estaría el modelo de intensificación económica que propone Harrison para la Edad del Bronce, donde la ganadería permitiría un aumento de la producción y de la movilidad, y supondría una *elección cultural*, como él denomina, que implicaría una cierta independencia de los grupos que la llevaran a cabo, por lo que la coerción de determinadas familias, en la línea de la creciente estratificación social que se advierte en otras regiones peninsulares, como el sudeste, sería muy difícil de realizar (Harrison 1993: 298).

Tampoco están de acuerdo otros autores que, en un intento de generalizar y establecer afinidades y diferencias entre los diferentes grupos culturales de la Edad del Bronce, destacan la existencia de un conjunto denominado *circummediterráneo*, en el sentido lato de la expresión, caracterizado por una clara jerarquización social, con poblamiento aglomerado en altura, opuesto al conjunto de Cogotas I, donde no se aprecian estos rasgos (Burillo y Picazo 1997: 51). Además, insisten en señalar que las diferencias de riqueza no tienen por qué implicar siempre estratificación social o situaciones de dependencia social (Burillo y Ortega 1999: 126), como proponían los investigadores de la tesis de la fuerte jerarquización social. En este trabajo estaríamos más de acuerdo con la segunda hipótesis, ya que los poblados en alto no presentan una densidad de material tal que no hiciera pensar en grandes centros poblados durante largos periodos de tiempo. Ni son siempre de mayor tamaño que los poblados en llano, como por ejemplo ocurre en el núcleo de Aldealengua, en el de Ayllón y en el de Estebanvela; aunque sí en el caso del núcleo de Languilla.

El esquema que parece desprenderse del estudio de la zona nordeste de la provincia de Segovia, más que apuntar hacia un esquema de fuerte jerarquización social, lo que parece que indica es una creciente *nuclearización* del valle que supone una mayor explotación del territorio, por tanto, y diversificación de su economía seguramente a causa de esta me-

nor disponibilidad de tierras, de ahí la necesidad de controlar los dos ámbitos geográficos del valle del Aguijesejo-Riaza Medio, es decir, la vega, con su aprovechamiento para cultivo de cereales y los pastos permanentes junto a las encharcadas márgenes de los ríos, que hoy todavía subsisten a pesar de las canalizaciones y drenajes realizados, y que en época prehistórica se puede aceptar como más extensas por el mayor caudal de los ríos y la existencia de una cobertura vegetal más amplia y más densa (Ruiz-Gálvez 1998: 123, 194-195; Delibes *et alii* 1995b: 564-565); y la paramera que permitiría el aprovechamiento de pastos y de productos de los montes, cuya producción ha debido ser muy importante para las poblaciones prehistóricas hasta incluso la Edad del Hierro (Ruiz-Gálvez 1998: 191) y en la que no puede olvidarse la actual dedicación a tierras de labor al no ser estructuralmente una paramera y tener, por tanto, suelos profundos. Entre estos usos estaría la caza, que si bien ya no parece ser una actividad primordial, puesto que ahora parece que hay un predominio, por otro lado, de las especies domésticas sobre las cazadas (Jimeno y Fernández Moreno 1992a: 95; Romero y Jimeno 1993: 179), seguiría teniendo una cierta importancia, sobre todo en momentos de crisis.

Sin embargo, esta mayor demanda de tierras estaría en contradicción con la baja densidad de población que se constata, y eso que se han contabilizado todos los yacimientos, cuando probablemente no todos fueran coetáneos, aunque sí los núcleos, como ya hemos comentado. Una posible explicación para esta circunstancia, que parece que se podría generalizar para amplias regiones del interior peninsular, es el proceso de intensificación económica en relación con la *revolución de los productos secundarios* (Sherratt 1981); en este proceso “*se aumenta la producción de bienes y alimentos para adquirir excedentes disponibles con fines políticos y sociales; [...] es una realidad más vinculada al ejercicio de una opción, para manipular el orden social a largo plazo, que a los cambios económicos*” (Harrison 1993: 294). Este modelo de intensificación económica indica cómo se superan las limitaciones regionales con dos estrategias diferentes a lo largo de un amplio periodo de tiempo. Respecto a la Edad del

Bronce se mantiene la base agrícola, que nosotros consideramos que en la zona de prospección se debe incrementar al trasladarse las poblaciones calcólicas desde los ambientes serranos y ganaderos de la Serrezuela a las campiñas más agrarias de los valles del Aguijesejo y Riaza; pero a esta base se añade ahora un componente ganadero, posiblemente más variado que durante el Calcolítico y que además proporcionaría una mayor movilidad a las poblaciones. De nuevo las parameras y las ratrojerías de los campos de labor unidos a los humedales nos indican la posibilidad de una ganadería diversificada en los valles del Aguijesejo y Riaza. Es decir, durante el Bronce Medio se optó por una intensificación de la producción a base de desarrollar una ganadería más diversa y de mayor movilidad, debido a la dificultad de intensificar la producción sobre una agricultura de secano con los cultígenos y técnicas que se les supone a estas poblaciones. Esta intensificación ganadera se ha constatado, por ejemplo, en el desarrollo de las dehesas, que parecen reflejar los análisis polínicos de diferentes yacimientos (Harrison 1993: 294 y 297).

En el caso de la zona nordeste de Segovia, tendríamos una agricultura como base de subsistencia, según se desprende del análisis de captación, que conllevaría una cierta fijación de las poblaciones a la tierra, pero a la que hay que añadir una ganadería, que posiblemente se concentrara en los humedales que ya hemos mencionado, sin que ello signifique que no se aprovecharan otros pastos de peor calidad; ambas actividades determinarían la nuclearización que hemos comentado, ya que para poblaciones escasas, como la de los asentamientos de Cogotas I, habría suficiente terreno, como ya hemos señalado, a pesar de que se postula unos medios de aprovechamiento del terreno que conllevarían el agotamiento del mismo. Será por tanto el auge de esta ganadería la que determinaría en última instancia esta nuclearización a partir de una ganadería estante, suficiente para las pequeñas comunidades de Cogotas I, que como volvemos a recordar, coincide con el patrón de poblamiento medieval.

Esta coincidencia de patrones creemos que está señalando los espacios necesarios para que pequeñas comunidades con una tecnolo-

gía arcaica pudieran subsistir, sin que ello signifique que aquí propongamos unas densidades de población equiparables. Así, si consideramos la densidad máxima de 0,1 yacimientos por km² para el área central de Cogotas I contabilizando todos los yacimientos, para el siglo XIII se registra una densidad de 0,5 poblados por km² en general y de 0,7 corregido, descartando la semidesierta área serrana (Barrios y Martín 1993: 116).

Pero volviendo al argumento anterior, la coincidencia en la dispersión de Cogotas I y la época plenomedieval indicaría unos recursos agropecuarios más que suficientes para las poblaciones de la Edad del Bronce, tanto en terrenos de labor como, sobre todo, en pastos, de ahí la citada coincidencia de patrones de asentamiento. En este sentido, hay que recordar que la economía de las pequeñas comunidades medievales sería mixta, posiblemente como las de Cogotas I, viviendo de lo que producía su entorno, tanto de las tierras de labor como de sus ganados; y además, que éstos no estarían sujetos a los desplazamientos a larga distancia, que sólo los llevarían a cabo los de la nobleza, Iglesia o grandes concejos. Por todo ello, si estas poblaciones medievales pudieron autoabastecerse de productos agrarios y ganaderos con lo que producía su entorno e incluso aportar excedentes en forma de tributos, una situación análoga se podría haber dado en la menos densamente poblada de la Edad del Bronce.

Estos ganados estantes y, por lo que afirma Harrison, más diversificados encontrarían en el entorno de los núcleos ya descritos, suficiente terreno para mantenerse y suministrar productos de gran valor para las comunidades prehistóricas; además, proporcionan un buen sistema de almacenamiento de alimentos en forma de animales vivos, aparte de permitir una mayor movilidad en caso de necesidad, lo podría arrojar algo de luz sobre la despoblación de buena parte del Alto Duero durante el Bronce Final. Por último, los recursos ganaderos engendrarían una cierta independencia del grupo, por lo que la coerción sería más difícil sobre estas poblaciones más móviles, de ahí que este modelo pueda ser una opción institucional que frene el dominio de algunas familias sobre las demás, en la línea de la estratificación social que se viene apre-

ciando, por ejemplo, en determinadas regiones circunmediterráneas (Harrison 1993: 297-298).

En definitiva, estaríamos ante un tipo de economía de amplio espectro, que no descarta ningún ecosistema para la mejor supervivencia de sus pobladores (Fernández-Posse 1998: 117), al tener una economía de subsistencia muy precaria, como ha ocurrido en épocas posteriores hasta la revolución de la agricultura a partir del siglo XIX, a pesar de una serie de adelantos e innovaciones que se han venido sumando desde la Prehistoria reciente y la Antigüedad en adelante. Esta misma amplitud del espectro se subsistencia unido a la posibilidad de exportar el excedente de población a las zonas limítrofes de los grandes conjuntos de población permitiría el mantenimiento de una sociedad sin clara estratificación social, de ahí que sea difícil la existencia de los grandes castros jerarquizadores, como pretenden otros autores.

Además, el borde de la paramera permitiría el control visual sobre la parte del valle que no tendría por qué significar explotación de los poblados en llano, sino sólo control de esos recursos que hemos señalado o incluso un control visual del territorio circundante con respecto a otros núcleos coetáneos, que parece que se reparten regularmente el valle, lo mismo que un referente visual para la totalidad del grupo. Ahora bien, no se observa que los poblados de mayor tamaño correspondan con los yacimientos en alto, lo que podría indicar algún tipo de jerarquización del hábitat tal y como hemos señalado que suponen otros investigadores. Y redundando en este argumento, el que el porcentaje de poblados en alto, un 47%, sea muy similar al de los poblados en llano, un 53%, no parecerían avalar esta hipótesis de la jerarquización del hábitat, que, como se ha señalado en otras ocasiones, presenta un gran núcleo en alto circundado por otros más pequeños, a veces denominados alquerías por la investigación, como en el caso de Ecce Homo, Madrid (Almagro Gorbea y Fernández Galiano 1980: 116), de La Plaza de Cogeces del Monte, Valladolid (Rodríguez Marcos 1993: 69), o La Mesa de Carpio, Salamanca (Cruz 1997: 270). Tampoco se ven diferencias notables en cuanto a la extensión de los yacimientos (fig.

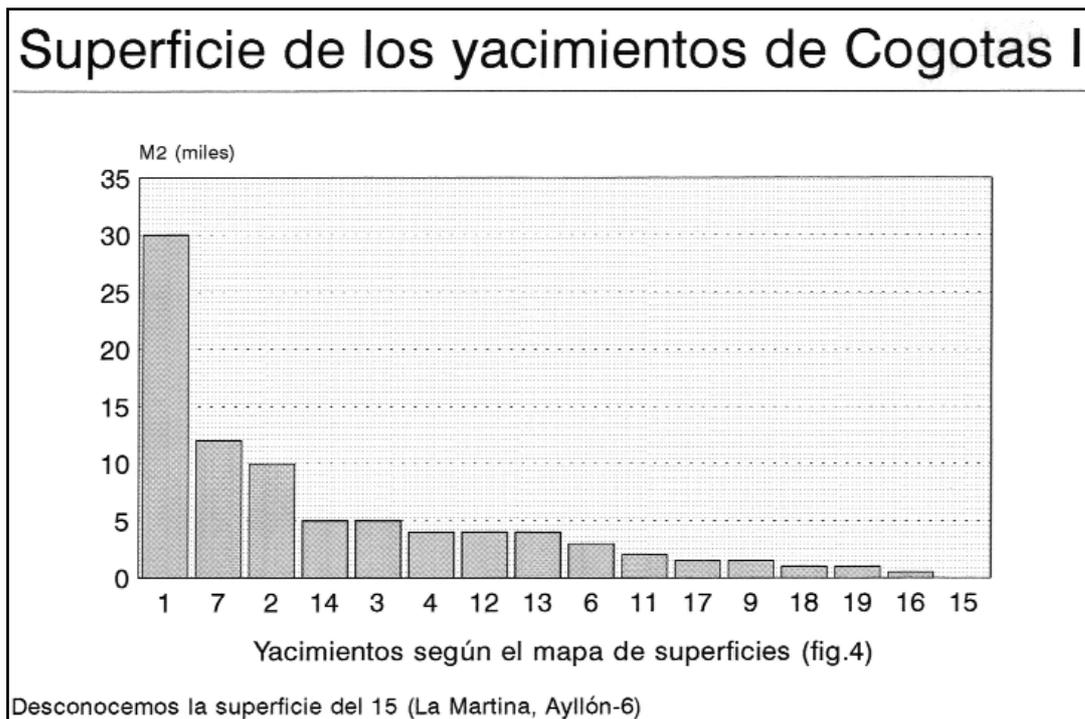


Figura 8.- Superficie de los yacimientos de mayor a menor.

8), donde el único que destaca es Las Huertas (E-1), con escasa densidad de material y posiblemente muy alterado por las labores agrícolas, pero que en todo caso, se encuentra aislado sin otros asentamientos a su alrededor.

Por otro lado, tampoco se observa la existencia de actividades exclusivas de lo poblados en alto (en el área de prospección, la verdad, es que no hemos detectado ningún tipo de actividad exclusiva aparte de las agropecuarias que se supone deberían tener), como parece que ocurre en La Mesa del Carpio, donde se une la circunstancia de un poblado en alto, con una superficie de 8 ha, una ocupación prolongada en el tiempo y una importante industria macrolítica (Cruz 1997: 270-271); o también en el asentamiento de Carricastro, Tordesillas, Valladolid, con restos de bloques de granito trabajado y sin trabajar, en un lugar muy alejado de las posibles canteras, y con elementos que parecen asegurar la existencia de algún taller de fundición, cuando los yacimientos cupríferos tampoco se encuentran en sus inmediaciones (Delibes *et alii* 1995a: 53, 55-56). Ni por otro lado se han detectado estructuras que denotarían una mayor permanencia en el tiempo, como puede

ser el caso de una posible muralla en el castro de La Plaza de Cogeces del Monte por km², (Delibes y Fernández Manzano 1981: 53-54; Rodríguez Marcos 1993: 69).

En este sentido creemos que se está tratando todo el período de Cogotas I, o al menos en su primera fase y en la de plenitud, como si no se hubieran producido cambios a lo largo de este período de varios siglos de duración, por lo que se extraen informaciones de diferentes regiones o de diferentes épocas como si Cogotas I hubiese sido un todo coherente a lo largo de esos siglos y en todas las regiones en la que se extendió (Fernández-Posse 1998: 120), cuando, por el contrario, creemos que se pueden apreciar una serie de diferencias, no sólo de cultura material, sino sobre todo de hábitat. Así, para demostrar esta jerarquización ya desde las primeras fases de Cogotas I en estos tres yacimientos citados, se traen a colación estos yacimientos (por ejemplo en Delibes *et alii* 1995a: 56), cuya cronología no siempre está clara. En el caso de Carricastro, se señala la documentación de cerámica incisa, junto a decoraciones de boquique y excisas (Martín Valls y Delibes de Castro 1976: 9), lo mismo que ocurre

en la Mesa del Carpio, con una cronología desde la primera fase de Cogotas I, “*hasta el final de Cogotas I en la transición al Hierro I*”, según se señala textualmente (Cruz 1997: 265). Por todo ello, la existencia de esta jerarquización del hábitat podrían hacer referencia a un momento mucho más avanzado de Cogotas I que el de su primera fase, lo que si que parece constatarse, por ejemplo en el sudoeste de la Meseta en esta época, debido a la influencia de la reactivación de los intercambios tanto en el mundo atlántico como mediterráneo, donde ya parece documentarse una cierta organización del espacio, aunque todavía no esté estrictamente parcelado (Álvarez-Sanchís 1999: 51, 59-61).

Tan sólo quedaría como caso insólito el castro de La Plaza de Cogeces del Monte, que se adscribe sin problemas a la primera fase de Cogotas I, aunque el tipo de muralla que se describe recuerda a la de los castros de la Edad del Hierro²², elaborada en bloques irregulares de piedra, que alcanzaban antes de su desmantelamiento una altura de cuatro metros y una anchura del derrumbe de unos veinte metros (Delibes y Fernández Manzano 1981: 54), ya que la existencia de murallas no parece algo común ni durante el Calcolítico ni durante el Bronce Medio en la Meseta Norte (Bellido 1996: 64). Por ello, y mientras no aparezcan otros ejemplos similares en cuanto a estructura y cronología, creemos que habría que poner en duda la existencia de un amurallamiento tan temprano, así como las implicaciones socioeconómicas que ello lleva aparejado. Por el contrario, lo que sí que parece constatarse es la existencia de murallas de Cogotas I en el sudoeste de la Meseta, por ejemplo en Sanchorreja y en otra serie de yacimientos tardíos, que podrían permitir la generalización de este fenómeno al menos en los que por su disposición estratégica controlan las vías naturales de comunicación (Álvarez-Sanchís 1999: 51-53).

Por otro lado, si esta jerarquización del hábitat se pudiera llevar hasta esta primera fase de Cogotas I, algo con lo que no estamos de acuerdo en este trabajo, de nuevo nos indicaría la existencia de discrepancias dentro de la pretendida homogénea cultura de Cogotas I²³, es decir, que habría variaciones regionales como ya se vienen apreciando para algunos

elementos de esta cultura (Castro *et alii* 1995: 72-73; Palomino Lázaro *et alii* 1999: 35). Estas diferencias apreciables quizá podrían explicar la falta de jerarquización del hábitat que de todas formas creemos extensible a otras regiones, o el extraño comportamiento de Cogotas I en la región del Alto Duero y posiblemente en otras zonas de la provincia de Segovia, donde tras una primera fase mejor representada, sobre todo en nuestra zona de prospección, desaparece de forma difícil de explicar. Quizá los cambios climáticos, como ya se ha señalado, sólo sean el factor que desencadene un proceso por el cual determinadas agrupaciones fueran menos viables que otras; en este sentido, la jerarquización que se propugnaba para el centro y oeste de la cuenca del Duero podría suponer un elemento de continuidad, frente al tipo de sociedad, menos jerarquizada del Alto Duero y de nuestra zona de prospección, que ante los mencionados cambios climáticos, no sabrían responder de forma adecuada.

La continuidad de la población en el tiempo: el Calcolítico

Si para el final de Cogotas I todavía se mantienen tesis rupturistas por buena parte de la investigación, no ocurre lo mismo para la conexión de la Edad del Bronce con el Calcolítico, como también constatamos en nuestra área de prospección.

Si observamos la dispersión de los yacimientos catalogados como calcolíticos o campaniformes²⁴, comprobamos que existe una mayor concentración de poblados de esta época en la Serrezuela y aledaños (términos de Villaverde, Valdevacas, Carabias de Pradales y Encinas), que precisamente se trata de la zona en la cual durante el Bronce Medio apenas si encontramos el asentamiento de Encinas y otros pocos ya fuera del ámbito de estudio, y éstos en una zona periférica al macizo de la Serrezuela, entre un gran vacío de población. Junto a esta concentración, existe otra de menor densidad que se corresponde a grandes rasgos con la posterior área central de Cogotas I en el valle del Aguijejo-Riaza, y que coincide con los núcleos de Maderuelo, Aldealengua, Languilla y Ayllón, aunque en estos dos términos municipales los yacimientos

calcolíticos sean algo dudosos por el momento.

Esta diferente dispersión supone un cambio de estrategia entre los pobladores de una época y otra, ya que la zona de la Serrezuela es eminentemente ganadera, por el predominio de pastos y monte. Así los datos generales de los municipios de la zona de prospección que pertenecen a esta comarca son los siguientes: 14% de terrenos agrícolas, 21% de pastos, 30% de monte, 29% de erial y 5% de improductivo. Se trata de unos porcentajes muy alejados de los de la zona ribereña de los ríos Aguijesejo y Riaza, con un 58% de terrenos agrícolas, 10% de pastos, 13% de monte, 13% de erial y 5% de improductivo, es decir, con mayor superficie aprovechable para usos agrarios, lo cual parece estar en consonancia con el tipo de economía mixta, donde la agricultura tendría un mayor peso. Lo que desde luego que no se aprecia es la reducción del número de yacimientos desde el Calcolítico hasta la Edad del Bronce, un fenómeno que parece que se acentúa en el reborde oriental de la Meseta (Jimeno 2001: 160)²⁵.

Aparte de esta transferencia de población en relación con el cambio en el tipo de actividad económica, entre una época y otra, observamos que este cambio en los asentamientos no supuso la colonización de un espacio virgen, ya que la cuenca del Aguijesejo-Riaza, aunque en menor medida, también se encontraba poblada en época calcolítica, con o sin restos de vaso campaniforme, de ahí que se pueda afirmar que existe una continuidad de población, al menos desde el Calcolítico, en la cuenca de los ríos, en especial, en la cuenca alta del Aguijesejo, con una continuidad del núcleo de Santibáñez, en el área central de tramo final de este río y su continuación ya en el Riaza, y aguas abajo del mismo en la zona de Montejo de la Vega. Esta continuidad se constataría en la cabecera alta del Aguijesejo, donde una yacimiento campaniforme en cueva, de carácter funerario, Molino de las Harinas -Stb-6- (Municio 1984: 320-322), se continúa a unos 600 m. en otro yacimiento también en cueva, donde se aprecia un momento muy temprano de Cogotas I, con decoraciones todavía muy emparentadas con el Campaniforme; esta continuidad entre Cogotas I y el Calcolítico, sobre todo el mundo campaniforme, es una de las teorías que se ha

ido asentando entre la historiografía reciente, que si en principio hacía emparentar sólo las cerámicas, hoy se extiende al resto de las actividades de los pobladores del Bronce Medio y, en especial, a la distribución de la población, coincidente como en nuestro caso (Fernández-Posse 1982: 139-141; Jimeno 1984: 119, 125; Delibes y Fernández Miranda 1986-87: 17; Delibes 1995: 64; Ruiz-Gálvez 1998: 230).

Además, existe una cierta relación de proximidad entre yacimientos de Cogotas I y yacimientos calcolíticos en el área de prospección; así, tres asentamientos calcolíticos (33%) y un hallazgo aislado se encuentran a menos de 500 m. de los posteriores de Cogotas I; otros 4 (44%), entre 500 y 1000 m.; y, por último, sólo dos (22%) por encima de los 1000 m. (a 2 y 2,5 km.; en ambos casos uno de los dos yacimientos que forman esta relación Calcolítico-Cogotas I es dudoso, Cantos Labrados (Ma-10) entre los de Cogotas I y Cerro Campo (ASM-10) entre los calcolíticos). Esta correlación también se ha comprobado en el caso de la laguna de La Nava, Palencia, donde se constata una continuidad en los mismos yacimientos (Rojo Guerra 1987: 416).

Por todo ello, creemos que también en el nordeste de la provincia de Segovia se puede hablar de una continuidad entre el Calcolítico y Cogotas I, con la salvedad de que la mayor dedicación a las actividades agrícolas obligaría a ciertos cambios de población que afectarían a la Serrezuela, que ahora se despoblaría, y que permitiría que zonas cercanas a este macizo presentasen un volumen de población mayor que el presentado hasta este momento.

La continuidad de la población en el tiempo: el final de Cogotas I

Respecto al final de Cogotas I, ya hemos comentado cómo en toda la zona de prospección no se documenta su fase de plenitud ni la etapa final de la misma o lo que para algunos autores sería la fase de disolución de Cogotas I (Fernández-Posse 1986: 484-485; Ruiz Zapatero y Lorrio 1988: 258; Delibes y Romero 1992: 236; Jimeno y Fernández Moreno 1992 a: 95-96; Romero y Jimeno 1993: 185-186; Romero y Misiego 1995: 64; Delibes *et alii*

1995a: 84; Castro *et alii* 1995: 102; Ruiz-Gálvez 1995a: 82-83). Desde luego lo que aquí constatamos es la no coincidencia entre los yacimientos de Cogotas I con los que se pueden adscribir con la denominada fase Protoceltibérica, cuya cronología todavía ofrece bastantes dudas, sobre todo en cuanto a su comienzo (Lorrio 1997: 260-261; Ruiz Zapatero y Lorrio 1999: 24; Jimeno y Martínez Naranjo 1999: 173, 183; Arenas Esteban 1999a: 174). Así de los nueve núcleos definidos de Cogotas I, sólo dos presentan yacimientos protoceltibéricos en sus cercanías (el núcleo de El Mirabueno -MVS-18- y el de Mazagatos-Ayllón), es decir el 22%, mientras que aparecen dos nuevos núcleos protoceltibéricos (en Maderuelo y Santa María de Riaza) en áreas no pobladas durante el Bronce Medio, es decir, la orilla izquierda del río Riaza. Esta evidencia arqueológica permite admitir esta despoblación del valle del Aguijoso-Riaza durante el Bronce Final, como se ha constatado anteriormente en la provincia de Soria (Jimeno 1984: 41-43; Jimeno y Fernández Moreno 1992a: 93, 95-96, fig. 9; Romero y Jimeno 1993: 184 y 200; Romero y Misiego 1995: 60-61).

Las explicaciones que se han dado sobre esta despoblación hacen referencia en algunos casos a cambios climáticos (Jimeno 1984: 42; Jimeno y Fernández Moreno 1992a: 96). Quizá estos cambios climáticos fueron un factor que desencadenó un proceso por el cual determinadas poblaciones fueron menos viables que otras, como las del piedemonte de la sierra, y donde la pretendida jerarquización del hábitat del centro de la Cuenca del Duero, si es que se dio, lo que dudamos en este trabajo, pudiera suponer alguna ventaja, frente al tipo de sociedad, menos jerarquizada del Alto Duero y de nuestra zona de prospección, que ante los mencionados cambios climáticos, no sabrían responder de forma adecuada. Sin embargo, no parece que haya habido cambios drásticos en el clima de la Meseta ni en el Sistema Ibérico en el segundo milenio (Díaz-Andreu 1991: 595; Jimeno y Fernández Moreno 1991: 101; Bellido 1996: 84; Burillo y Picazo 1997: 47; Ruiz-Gálvez 1998: 104-105), aunque una serie de malos años pudieron incidir muy negativamente en unas poblaciones que vivían muy

cercanas a la supervivencia, como se ha constatado en épocas históricas.

También se ha propuesto otra hipótesis para explicar esta despoblación; ésta se basa en la existencia de un fenómeno generalizado de despoblación en amplias regiones del Sistema Ibérico y sus inmediaciones. La causa de este vacío se debería a una mayor intensificación de la producción y la existencia de una competencia por la tierra, que provocaría una conflictividad generalizada que, no se explica muy bien por qué, determinaría esta despoblación (Burillo y Ortega 1999: 128-129). Esta hipótesis implicaría que el modelo de explotación económica de Cogotas I, del que se aseguraba que no experimentaría demasiados cambios hasta su última etapa, por el aparente equilibrio entre recursos, que se intensificarían, y población, que podría segmentarse (Fernández-Posse 1998: 120), no fuera tal en algunas regiones periféricas y que algunos cambios provocarían un desequilibrio entre estas poblaciones y sus recursos.

En relación con esta hipótesis, aunque se podría aducir que la sistemática ocupación de las campiñas de los valles del Aguijoso y Riaza pudiera dar pie a una explicación similar a la que se supone que se pudo dar en el Sistema Ibérico, el que no se documente una explotación de la orilla izquierda de estos ríos o del curso inferior del Riaza, con amplias zonas de aprovechamiento agrícola, y el que no aparezcan restos de construcciones más duraderas ni, por supuesto, indicios de murallas (sólo el establecimiento en lugares en alto podría apuntar a unas ciertas necesidades defensivas de sociedades en conflicto, que también se pueden explicar simplemente por razones de control visual, como aquí proponemos), nos alejarían de esta hipótesis tan sugerente para esta despoblación del Sistema Ibérico.

Ahora bien, si la intensificación se hubiera producido en la ganadería, como propone Harrison en su modelo económico (1993: 293-4), esta proporcionaría una movilidad mayor, así como el almacenamiento de unos recursos de alto valor y fácilmente transportables, lo que entroncaría con la siguiente explicación.

Esta podría relacionarse con la existencia de movimientos masivos de población, por las razones anteriormente expuestas u otras que por el momento se nos escapan, hipótesis

que hoy en día no tiene muy buena prensa, fundamentalmente por los excesos en su aplicación para explicar cualquier tipo de cambios en la Prehistoria durante buena parte del siglo pasado. En su lugar se aceptan los traslados de grupos de población pequeños, en relación con el pastoreo trashumante o transterminante, a lo que habría que añadir las posibles relaciones exógenas de frontera en las que cabría la circulación de productos perecederos en las cerámicas exportadas, la movilidad del artesanado o el intercambio de mujeres (Molina 1978: 204; Almagro Gorbea y Fernández-Galiano 1980: 116; Delibes y Romero 1992: 244; Ruiz Zapatero 1995: 27). En ningún caso se aceptaban movimientos masivos de población, como en algunos momentos se pretendió para explicar la presencia de elementos de Cogotas I fuera de su ámbito (por ejemplo, en Molina 1978: 169).

Este temor a la existencia de traslados de población quizá esté obviando estos movimientos que pudieron deberse a razones diversas. Así, en la parte nordeste de Segovia hemos comprobado cómo durante el Calcolítico la zona de la Serrezuela estaría más densamente poblada que la ribera derecha de los ríos Aguijesejo y Riaza. Por el contrario, durante el Bronce Medio aquella región aparece totalmente despoblada (los pocos yacimientos documentados, entre ellos Las Huertas (E-1), se ubican en la llanura periférica que circunda este relieve), concentrándose la población en la que hemos denominado área central de Cogotas I, una zona mucho menos poblada en época calcolítica. En este caso ha debido haber un traslado de población que posiblemente obedece a razones de tipo económico, en donde una economía posiblemente más ganadera (Ruiz-Gálvez 1998: 186-187) es sustituida por otra, la de Cogotas I, con mayor peso agrario, como parece mayoritariamente aceptado y ya hemos señalado, de ahí que se produzca un abandono de los pastos y montes de la Serrezuela por las campiñas de los mencionados ríos.

Este cambio de población a partir del Calcolítico por razones económicas pudiera estar en la base del nuevo cambio de población durante la primera fase de Cogotas I. Quizá un cambio climático, que podría ser de ciclo corto, unido a un posible agotamiento de las tierras explotadas de una forma poco regeneradora, que podría haber dado lugar a una mayor competencia y, por tanto, cierta conflictividad entre grupos, al igual que la mayor necesidad de pastos, así como una cada vez mayor dependencia de la agricultura que de la ganadería y caza-recolección por parte de estas poblaciones, impulsase a un nuevo traslado hacia regiones con un óptimo agrario mayor que el de los valles del Aguijesejo y Riaza, con mayor superficie agraria y temperaturas menos rigurosas, como puedan ser las campiñas del Duero Medio. Así, en los estudios paleoclimáticos sobre la Edad del Hierro, se señala que los periodos climáticos fríos supondrían un empeoramiento en las condiciones agrícolas de las zonas altas al tratarse de territorios próximos a los umbrales de tolerancia (Ibáñez 1999: 38).

En este sentido, una posible prueba de este traslado lo encontraríamos en la difusión de unas técnicas decorativas (boquique y excisión), que se convertirán ahora en una novedad en el centro de la Cuenca y que derivan, como ya se ha comentado, del acervo cultural de las poblaciones serranas. También esta mayor competencia por la tierra en el centro de la cuenca del Duero, ahora con nuevos aportes de población, podrían ser los causantes de los indicios de jerarquización del hábitat, que parecerían más propios de la fase de plenitud, que de la primera fase de Cogotas I.

En todo caso esta hipótesis deja el interrogante de por qué al descender la presión sobre las tierras con el traslado de ciertas poblaciones, otros grupos no se mantuvieron aprovechando los espacios abandonados o no optaron por explotar las superficies agrarias más cercanas que ya hemos señalado.

Notas

¹ En dichas campañas participé junto con D^a Yolanda del Barrio y otros en las tareas de prospección. Además, quiero agradecer a los profesores D. Alfredo Jimeno y D. Alberto Lorrio la lectura del manuscrito, su corrección, así como las sugerencias que aportaron; a D. Alonso Zamora, D. Santiago Martínez, conservadores del Museo de Segovia, y a D. Luciano Muncio, Arqueólogo Territorial, su colaboración para el estudio de los materiales; a D. Jorge Soler, por la ayuda recibida en la confección de los mapas; y a D^a. Yolanda del Barrio por su colaboración en todos los procesos de la investigación realizada.

² Se acompaña a la denominación de los yacimientos, la sigla de los mismos: ASM, Aldealengua de Santa María; Ayll, Ayllón; E, Encinas; Ebv, Estebanvela; Ln, Languilla; Ma, Maderuelo; Mzg, Mazagatos; MVS, Montejo de la Vega de la Serrezuela; Stb, Santibáñez de Ayllón.

³ La zona donde se descubrió este hallazgo aislado se encuentra en la margen del río dedicada a pastizal, por lo que la visibilidad del terreno era prácticamente nula, sobre todo en la época en que se llevaron a cabo las prospecciones, en invierno. De todas maneras, al tratarse de un terreno en la margen izquierda del río Riaza, no parece que hubiera un asentamiento propiamente dicho, ya que, como más adelante se comprobará, esta ribera quedaría sistemáticamente deshabitada durante el Bronce Medio.

⁴ Los datos aquí expuestos pertenecen al Inventario Arqueológico Provincial de Segovia, que amablemente puso a nuestra disposición Don Luciano Muncio, Arqueólogo Territorial, previa solicitud del permiso correspondiente. Estos datos no han sido contrastados con la revisión del material recogido y, como más adelante se tratará, ofrecen dudas respecto a la utilización de los términos Bronce Medio-Final y Bronce Final a los que se han adscrito.

⁵ Hemos elegido estos nombres por tratarse de los dos municipios con mayor número de yacimientos de su núcleo y porque se tratan de localidades suficientemente conocidas.

⁶ En este trabajo no se da información sobre la densidad por km², por lo que la hemos hallado a partir de los datos expuestos: se afirma que se ha prospectado el 64% de la provincia de Valladolid, que tiene una superficie de 8.202 km² en total, y que se han encontrado 33 yacimientos de la primera fase de Cogotas I (Quintana y Cruz 1996: 10, 16).

⁷ En este caso tampoco se daban datos sobre la densidad de yacimientos, por lo que hemos tenido que hallar la superficie a partir del plano de la figura 1; el dato así obtenido, 621 km², puede no ser del todo exacto, pero ello no implica un cambio de la cifra de densidad de yacimientos por km², que hemos hallado (Rojo Guerra 1987: fig. 1).

⁸ En relación con esta visión un tanto periférica de este reborde montañoso, estamos de acuerdo con el comentario de Burillo sobre la división un tanto artificial en dos vertientes del Sistema Ibérico, haciendo depender el lado oriental del occidental, cuando a lo mejor formarían un único conjunto; en todo caso, ambas regiones están un poco olvidadas por los grandes centros de investigación, debido a su alejamiento de los mismos (Burillo 1995: 518-519).

⁹ La parte oriental del término de Montejo era *Reserva de Aves Rapaces* desde 1975 (*hoy Espacio Protegido de las Hoces del Riaza*, con 6.470 ha.), por lo que durante el proceso de prospección no se pudo realizar el trabajo libremente, viéndonos limitados por las directrices del conservador, lo que implicó que algunas zonas no se pudiesen registrar debidamente.

¹⁰ En todo caso, los yacimientos del centro de la cuenca del Duero presentan indudables similitudes en cuanto a su ubicación, construcciones, etc. con los del nordeste segoviano, salvo en el caso de la pretendida jerarquización del hábitat, como más adelante se comentará; lo mismo que con los restos de cultura material, en especial las cerámicas ofrecen paralelos muy cercanos, excepto para el caso de las decoraciones de boquique y excisión en los momentos iniciales de Cogotas I.

¹¹ En las prospecciones realizadas en esta provincia, no se han registrado yacimientos en el Campo de Gómara y en la Tierra de Almazán; sólo cuatro en la zona centro de Soria y uno en la altiplanicie soriana (Borobio 1985: 180; Revilla 1985: 328; Pascual 1991: 259; Morales 1995: 293).

¹² En la campaña de 1991, en la que se prospectaron los términos municipales de Montejo de la Vega, Maderuelo, Aldealengua de Santa María y Ayllón, así como los pueblos agregados, es decir, todo el valle del Aguijesejo y del Riaza, el pliego de condiciones para la realización del Inventario Arqueológico Provincial señalaba que la prospección debería hacerse de forma selectiva, lo que suponía un cambio con respecto a la de 1990 (términos municipales de Honrubia, Villaverde, Valdevacas, Carabias de Pradales y Encinas, es decir, la parte oriental de la Serrezuela), en la que se pretendía un tipo de prospección extensiva, pero de cobertura total del territorio; en ese sentido, se multiplicaba por tres la superficie que había que prospectar, de ahí que la paramera fuera una de las zonas que no se revisaron, salvo determinados enclaves.

¹³ Un 24,5% se asientan en llano, un 36% sobre cerros importantes, un 31% en *suaves lomas y terrazas*, que se consideran como de *amplio control visual*, y un 4,5% en cueva (Garrido Pena 2000: 47).

¹⁴ Una de las razones que explica la disimetría del valle, con relieve más abruptos en la orilla derecha que en la izquierda, se debe a que ésta normalmente sería más fría que la derecha, lo que daría lugar, durante el Pleistoceno, a fenómenos de soliflucción y geliflucción que suavizarían los relieves de la parte izquierda (Tejero de la Cuesta 1988: 65).

¹⁵ No es el nuestro el primer trabajo donde se señalan ciertas similitudes entre la Edad del Bronce y algunas características del hábitat de época medieval; así, ver Asenjo y Galán 2001.

¹⁶ Entendemos que la valoración de densidad alta, media o baja se refiere a una apreciación puramente intuitiva que en ningún caso se llegó a determinar cuantitativamente (por ejemplo, comprobando el número de fragmentos por superficie, como se ha realizado en otros trabajos de campo) durante los trabajos de prospección, ya que no era ese el objetivo del trabajo planteado por la Junta de Castilla y León, por lo que queda como un dato difícilmente contrastable por parte de otros investigadores. Como apunte meramente orientativo, un yacimiento con densidad de material alta sería aquél que presenta, en líneas generales, un fragmento, por metro cuadrado; mientras que, por el contrario, un yacimiento con densidad de material baja es aquél que puede presentar un fragmento o menos por cada diez metros cuadrados (en cuanto a la definición de fragmentos de material nos referimos a cualquier resto de cerámica o piedra trabajada que se encuentran en superficie, aunque posteriormente no se hayan recogido, porque no presenten una forma significativa). En todo caso, en otros estudios sobre la Edad del Bronce, la documentación detallada de los materiales recogidos en superficie no parece que haya reflejado información relevante sobre la disposición de los poblados (Díaz-Andreu 1991: 100-101).

¹⁷ No se han encontrado evidencias en este sentido, salvo, en primer lugar, la propia dirección de la calzada a la salida de Tiermes (Gutiérrez Dohijo 1993: 11, 27) que salva el valle del arroyo de Montejo, lo que implica que transcurra por su orilla izquierda, en el interfluvio entre este arroyo y el río Pedro (no creemos que salve también este valle, porque su orilla izquierda presenta un relieve mucho más abrupto), una zona cuya cumbre es apta para el tránsito de ganados y personas; en segundo lugar, la distribución de una serie de yacimientos romanos en Estebanvela y Saldaña de Ayllón; y en tercer lugar, por supuesto, la existencia de esta cañada posterior que la avala como vía de comunicación en época, al menos, histórica.

¹⁸ El caso de Riaza, quizá más llamativo por el número de hectáreas que abarca, no es un hecho aislado, ya que en el inventario encontramos demasiados ejemplos, a nuestro modo de ver, de términos municipales con pocos yacimientos donde predominan las ermitas, los despoblados medievales, perfectamente conocidos gracias al libro de Martínez Díaz (1983), puentes o molinos y que cuando recogen yacimientos prehistóricos y antiguos, ya eran conocidos con anterioridad. Como ejemplo de lo aquí expuesto estarían los términos de Fresno de Cantespino (nº 79 del mapa), con un extensión de 6.427 ha. y sólo dos yacimientos visigodos recogidos ya en la bibliografía; o el de Corral de Ayllón (nº 61 del mapa), con un yacimiento romano y otro medieval, que de nuevo encontramos en trabajos anteriores; ambos yacimientos colindantes con nuestra zona de prospección y de gran importancia, por tanto, para comprender las relaciones que establecerían los yacimientos aquí estudiados.

¹⁹ Se ha realizado el análisis de captación en relación con los núcleos identificados debido a la cercanía entre los yacimientos de los distintos núcleos; tan sólo en el caso de Ayllón, se ha separado el subnúcleo de Mazagatos del propiamente de Ayllón, ya que la distancia entre ambos subnúcleos era de unos 2 km., lo mismo que en el de Estebanvela, donde los dos yacimientos que lo componen se encuentran separados por una distancia de 2,2 km.

²⁰ Los datos de los términos municipales de la zona de prospección que afectan a la cuenca de los ríos Aguijesejo y Riaza son los siguientes: 58% de terreno de secano, 10% de pastos (aquí hemos incluido la superficie de regadío, un 1%, por tratarse generalmente de terrenos ribereños con cultivos herbáceos que posiblemente estuvieron anegados en la Prehistoria), 13% de monte, 13% de erial (en el pasado presumiblemente se trataría de monte, hoy muy degradado) y 5% de improductivo.

²¹ Aunque este hecho también comienza a ser cuestionado recientemente, proponiéndose una mayor sedentarización para las mismas (Garrido Pena 2000: 198).

²² En este sentido los propios autores recuerdan que este yacimiento en alguna ocasión fue catalogado como de la Edad del Hierro (Delibes y Fernández Manzano 1981: 51), relacionándolo en algún caso con las campañas de Tito Didio de principios del siglo I a.C. (Wattenberg 1959: 40).

²³ En este sentido, conviene recordar que la pretendida uniformidad de la cultura de Cogotas se basa fundamentalmente en la cerámica, y esto, además, sin que se hayan hecho estudios generales sobre la misma; mientras que, por el contrario, otras manifestaciones culturales, como vemos en el caso de la dispersión del hábitat o los diferentes tipos de enterramiento, muestran una mayor heterogeneidad (Jimeno 2001: 146).

²⁴ Los yacimientos calcolíticos todavía se encuentran en fase de estudio y, por tanto, son objeto de posibles modificaciones, aunque creemos que en líneas generales se pueden aceptar sus conclusiones provisionales para establecer las correlaciones pertinentes con los yacimientos de Cogotas I.

²⁵ Bien es verdad que en la zona de prospección hay que señalar la existencia de un número alto de yacimientos con cerámica a mano sin determinar su adscripción cronológica, por falta de formas claras y, sobre todo, decoraciones, y que bien podrían corresponder al Calcolítico.

Referencias bibliográficas

- ABARQUERO MORAS, F.J. (1997): El significado de la cerámica decorada de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXIII: 71-96.
- ALMAGRO GORBEA, M.; BENITO, J.E.; DÁVILA, A.F. (1994): Las secuencias del Ecce Homo (Henares) y del Valle del Tajuña: un ensayo de interpretación. *IV Encuentro de Historiadores del Valle del Henares*, Alcalá de Henares: 17-38.
- ALMAGRO GORBEA, M.; FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1980): *Excavaciones en el Cerro 'Ecce Homo' (Alcalá de Henares, Madrid)*. Monografías de Arqueología de la Diputación Provincial de Madrid, 2.
- ÁLVAREZ CLAVIJO, P.; PÉREZ ARRONDO, C.L. (1987): *La cerámica excisa de la primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*. Instituto de Estudios Riojanos.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R. (1999): *Los vettones*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 1.
- ASENJO GONZÁLEZ, M.; GALÁN DOMINGO, E. (2001): Formas de asentamiento y organización social del espacio. Un modelo de repoblación medieval: el caso de Soria. Un ejemplo de la aplicación de fuentes medievales al estudio de la Edad del Bronce. *La edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología* (M. Ruiz-Gálvez Priego, coord.): 321-344.
- ARENAS ESTEBAN, J.A. (1999): *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central*. B.A.R. International Series, 780.
- ARRANZ MÍNGUEZ, J.Á.; GÓMEZ PÉREA, A.; SÁNCHEZ SIMÓN, S.; BELLIDO BLANCO, A. (1993): El Teso de la Macarroña (Geria, Valladolid), un poblado de la Edad del Bronce en la cuenca media del Duero. *Numantia*, 4: 75-92.
- BALBÍN BEHRMANN, R. DE; VALIENTE MALLA, J. (1995): Carta arqueológica de la provincia de Guadalajara. *Arqueología en Guadalajara* (R. de Balbín, J. Valiente y M.T. Mussat, coords.): 9-24.
- BARRIOS GARCÍA, A. (1985): Repoblación en la zona meridional del Duero. Fases de ocupación, precedencias y distribución espacial de los grupos repobladores. *Studia Historica, Historia Medieval*, 3,2: 33-82.
- BARRIOS GARCÍA, A.; MARTÍN EXPÓSITO, A. (1983): Demografía medieval: modelos de población en la Extremadura castellana a mediados del siglo XIII. *Studia Historica, Historia Medieval*, 2,2: 113-48.
- BELLIDO BLANCO, A. (1996): *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la submeseta norte*. *Studia Archaeologica*, 85.
- BESCÓS CORRAL, A. (2001): Poblado de la Edad del Bronce. *Tiermes V, Carratiermes, Necrópolis Celtibérica* (J.L. Argente, A. Díaz y A. Bescós): 255-260.
- BLANCO GARCÍA, J.F. (1999): Recursos hídricos en los oppida del occidente de la provincia de Segovia: el corredor del Eresma. *IV Simposio sobre Celtíberos: Economía* (F. Burillo Mozota, coord), Daroca: 81-87.
- BLASCO BOSQUED, M.C.; CALLE, J.; SÁNCHEZ-CAPILLA, M.L. (1991): Yacimiento del Bronce Final y de época Romana en Perales del Río (Getafe, Madrid). *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 1: 38-147.
- BOROBIO SOTO, M.J. (1985): *Carta Arqueológica de Soria: El Campo de Gomara*. Diputación de Soria, Soria.
- BURILLO MOZOTA, F. (1992): Substrato de la etnias prerromanas. Valle del Ebro-Pirineos. *Paleoetnología de la Península Ibérica* (M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero, eds.), Madrid, 1989, Complutum, 2-3: 195-222.
- BURILLO MOZOTA, F. (1995): Conclusiones y comentarios. *III Simposio sobre los Celtíberos: Poblamiento Celtibérico* (F. Burillo Mozota coord.), Daroca, 1991: 515-528.
- BURILLO MOZOTA, F.; PICAZO MILLÁN, J.V. (1997): El Sistema Ibérico turoloense durante el segundo milenio a.C. *Homenaje a la Pra. Dra. M^a Gil-Masarell Boscá*, Saguntum, 30: 29-58.
- BURILLO MOZOTA, F.; ORTEGA ORTEGA, J. (1999): El proceso de formación de las comunidades campesinas en el Sistema Ibérico (1400-400 a.C.): algunas consideraciones acerca del concepto de 'ruptura'. *El Origen del Mundo Celtibérico, Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico* (J.A. Arenas y M.V. Palacios, coords.), Molina de Aragón, 1998: 123-142.
- CABALLERO ARRIBAS, J.; PORRES CASTILLO, F.; SALAZAR CORTÉS, A. (1993): El campo de fosas de 'El

- Cogote' (La Torre, Ávila). *Numantia*, 4: 93-110.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V.; MICO PÉREZ, R.; SANAHUJA YLL, M.E. (1995): Genealogía y cronología de la "Cultura de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 61: 51-118.
- CASTRO, P.V.; LULL, V.; MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c.2800-900 cal ANE)*. BAR International Series, 652.
- CRUZ SÁNCHEZ, P.J. (1997): Nuevos puñales de remaches de bronce procedentes de La Meseta del Carpio (Villagonzalo de Tormes, Salamanca). *Zephyrus*, 50: 263-272.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1995): Ávila, del Neolítico al Bronce. *Historia de Ávila, I. Prehistoria e Historia Antigua* (M. Mariné, ed.): 21-90.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1981): El castro protohistórico de 'La Plaza' en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 47: 51-68.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (1990): Cerámica de la plenitud de Cogotas I: el yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVI: 64-105.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1986-87): Aproximación a la cronología del Grupo Cogotas I. *Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca 1984, *Zephyrus*, XXXIX-XL: 17-30.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F. (1992): El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural. *Paleoetnología de la Península Ibérica* (M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero, eds.), Madrid 1989, *Complutum*, 2-3: 233-258.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; ESCUDERO NAVARRO, Z.; SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1995a): Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio. *Arqueología y medio ambiente: el primer milenio a.C. en el Duero Medio* (G. Delibes de Castro, F. Romero Carnicero y A. Morales Muñiz, eds.): 49-146.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; ESCUDERO NAVARRO, Z.; SANZ MÍNGUEZ, C.; SAN MIGUEL MATÉ, L.C.; MARISCAL, B.; CUBERO, C.; UZQUIANO, P.; MORALES, A.; LIESAU, C.; CALONGE, G. (1995b): El medio ambiente durante el primer milenio a.C. en el Valle del Duero. Consideraciones finales. *Arqueología y medio ambiente: el primer milenio a.C. en el Duero Medio* (G. Delibes de Castro, F. Romero Carnicero y A. Morales Muñiz, eds.): 543-582.
- DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. (1991): *La Edad del Bronce en el noreste de la Submeseta Sur. Un análisis sobre el inicio de la complejidad social*. Cuenca.
- ESPARZA ARROYO, A. (1990): Sobre el ritual funerario de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVI: 105-143.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, Monografías, Valladolid.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J.; PALOMINO LÁZARO, Á.L. (1991): Cogotas I en la Tierra de Campos: El yacimiento de Porragos de Bolaños (Valladolid). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 57: 63-74.
- FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNAIZ, M.D. (1979): Informe de la primera campaña (1977) en la cueva de Arevalillo (Segovia). *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 6: 51-87.
- FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNAIZ, M.D. (1981): La Cueva de Arevalillo de Cega (Segovia). *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 12: 43-84.
- FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNAIZ, M.D. (1982): Consideraciones sobre la técnica de Boquique. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 137-159.
- FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNAIZ, M.D. (1986): La cultura de Cogotas I. *Congreso de Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almanzora 1984: 475-487.
- FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNAIZ, M.D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*.
- GARCÍA HUERTA, M.R. (1990): *La Edad del Hierro en la Meseta Oriental: al Alto Jalón y el Alto Tajo*. Colección de tesis doctorales, nº 50/90. Universidad Complutense de Madrid.
- GARRIDO PENA, R. (2000): *El Campaniforme en la Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2.500-2.000 AC.)*. BAR International Series 892, Oxford.
- GÓMEZ-BARRERA, J.A. (1982): Arte rupestre en la provincia de Soria. *2º Symposium de Arqueología*

- Soriana, I, Soria: 9-64.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; LULL, V.; RISCH, R. (1992): *Arqueología de Europa (2250-1200). Una introducción a la Edad del Bronce*. Síntesis, Madrid.
- GUTIÉRREZ DOHLIO, E. (1993): Vías de comunicación en el área de Tiermes. Etapas romanas y medieval. *Celtiberia*, 85-86: 7-30.
- HARRISON, R.J. (1993): La intensificación económica y la integración del modo pastoril durante la Edad del Bronce. *1^{er} Congreso de Arqueología Peninsular*, Trabalhos de Antropologia e Etnologia XXXIII: 293-299.
- HODDER, I.; ORTON, C. (1990): *Análisis espacial en arqueología*. Crítica, Barcelona.
- IBÁÑEZ GONZÁLEZ, J. (1999): Evolución de la potencialidad agrotérmica en la Celtiberia durante la Edad del Hierro. *IV Simposio sobre Celtiberos: Economía* (F. Burillo Mozota coord.), Daroca 1997: 11-46.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (1984): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. Excavaciones Arqueológicas en España 134.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (2001): El modelo de trashumancia aplicado a la cultura de Cogotas I. *La edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología* (M. Ruiz-Gálvez Priego, coord.): 139-180.
- JIMENO MARTÍNEZ, A.; FERNÁNDEZ MORENO, J.J. (1991): *Los Tolmos de Caracena (Soria). (Campañas 1981 y 1982). Aportación al Bronce Medio en la Meseta*. Excavaciones Arqueológicas en España, 161.
- JIMENO MARTÍNEZ, A.; FERNÁNDEZ MORENO, J.J. (1992a): El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios. *2^o Symposium de Arqueología Soriana*, I, Soria 1989: 69-102.
- JIMENO MARTÍNEZ, A.; FERNÁNDEZ MORENO, J.J. (1992b): La metalurgia de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: el contexto cultural. *2^o Symposium de Arqueología Soriana*, I, Soria 1989: 231-246.
- JIMENO MARTÍNEZ, A.; MARTÍNEZ NARANJO, J.P. (1999): El inicio de la Edad del Hierro en el nudo hidrográfico Alto Jalón-Alto Duero. *El Origen del Mundo Celtibérico, Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico* (J.A. Arenas y M.V. Palacios, coords.), Molina de Aragón 1998: 165-190.
- LUCAS PELLICER, M.R.; CASTELO RUANO, R. (1992): Los grabados rupestres de Soria y Segovia. *2^o Symposium de Arqueología Soriana*, I, Soria 1989: 279-294.
- LORRIO ALVARADO, A. (1997): *Los Celtiberos*. Complutum Extra 7, Madrid-Alicante.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1956): La técnica de incrustación de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro. *Zephyrus*, VII: 179-206.
- MARTÍN BENITO, J.I.; JIMÉNEZ GONZÁLEZ, M.C. (1989): En torno a la estructura constructiva de un 'Campo de hoyos' de la Edad del Bronce de la Meseta Española. *Zephyrus*, XLI-XLII: 263-277.
- MARTÍN VALLS, R.; DELIBES DE CASTRO, G. (1976): Sobre la cerámica de la fase Cogotas I. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLII: 5-18.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G. (1983): *Las Comunidades de Villa y Tierra de la Extremadura castellana*. Editora Nacional, Madrid.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. (1988): *La Edad del Bronce en la submeseta Oriental: una revisión crítica, I-III*. Colección Tesis Doctorales, 191/88. Universidad Complutense.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. (1978): Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3: 159-232.
- MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995): *Carta Arqueológica de Soria. La Altiplanicie Soriana*. Diputación de Soria, Soria.
- MUNICIO GONZÁLEZ, L. (1984): Cerámica campaniforme de Santibáñez de Ayllón. *Trabajos de Prehistoria*, 41: 313-322.
- ORTEGO FRÍAS, T. (1961): I Reunión de Arqueólogos del Distrito Universitario de Zaragoza. Soria. *Caesaraugusta*, 17-18: 157-166.
- PALOMINO LÁZARO, Á.L.; RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (1994): El yacimiento arqueológico de 'Las Empedradas': un enclave del Bronce Medio en la Ribera del Duero burgalesa. *Numantia*, 5: 59-72.

- PALOMINO LÁZARO, Á.L.; NEGREDO GARCÍA, M.J.; ABARQUERO MORAS, F.J. (1999): Cabañas, basureros, silos y tumbas en el yacimiento de El Cerro, La Horra (Burgos): A vueltas sobre el significado de un campo de hoyos en la Edad del Bronce de la Meseta. *Numantia*, 7: 21-44.
- PASCUAL DIEZ, A.C. (1991): *Carta Arqueológica de Soria: La zona de Quintana Redonda*. Diputación de Soria, Soria.
- PEARSON, G.W.; STUIVER, M. (1986): High-Precision Calibration of the Radiocarbon Time Scale, 500-2500 BC. *Radiocarbon*, 28: 839-862.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J.; FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, J.M. (1993): Sobre la cocción de cerámica durante la Edad del Bronce. El yacimiento de 'La Venta'. (Alar del Rey, Palencia). *Numantia*, 4: 41-60.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J.; MISIEGO TEJADA, J.C.; SANZ GARCÍA, F.J.; MARCOS CONTRERAS, G.J.; MARTÍN CARBAJO, M.A.; FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, J.M. (1994): 'La Huelga'. Un interesante yacimiento de la Edad del Bronce en el centro de la Cuenca del Duero. *Numantia*, 5: 11-32.
- PICAZO MILLÁN, J.V.; RODANÉS VICENTE, J.M. (1997): Bronce Antiguo y Medio, Crónica del Aragón Antiguo. De la Prehistoria a la alta Edad Media. *Caesaraugusta*, 72, I: 109-154.
- PONS I BRUN, E. (1984): Los orígenes acerca de la interdependencia 'pueblo-territorio' en la llanura del Empordá (Girona). *Arqueología Espacial*, 4, Teruel: 29-42.
- QUINTANA LÓPEZ, J.; CRUZ SÁNCHEZ, P.J. (1996): Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 62: 9-78.
- REVILLA ANDÍA, M.L. (1985): *Carta Arqueológica de Soria: Tierra de Almazán*. Diputación de Soria, Soria.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (1993): 'El Carrizal' (Cogeces del Monte, Valladolid): un nuevo yacimiento de facies Proto/Cogotas I. *Numantia*, 4: 61-74.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A.; ABARQUERO MORAS, F.J. (1994): Intervención Arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de 'El Cementerio-El Prado', Quintanilla de Onésimo, Valladolid. *Numantia*, 5: 33-56.
- ROJO GUERRA, M. (1987): Asentamientos prehistóricos en la Cuenca de la Nava: estudios de sus relaciones. *Primer Congreso de Historia de Palencia, I, Arte, Arqueología y Edad Antigua*, Palencia 1985: 409-422.
- ROMERO CARNICERO, F.; JIMENO MARTÍNEZ, A. (1993): El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos de Bronce Medio-Final y Primer Hierro. *Los Celtas: Hispania y Europa* (M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero, eds.): 175-222.
- ROMERO CARNICERO, F.; MISIEGO TEJADA, J. (1992): Los orígenes del hábitat de la Edad del Hierro en la provincia de Soria. Las cabañas de El Castillejo de Fuensaúco. *2º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria 1989: 307-324.
- ROMERO CARNICERO, F.; MISIEGO TEJADA, J. (1995): La Celtiberia Ulterior: Análisis del substrato. III *Simposio sobre los Celtiberos: Poblamiento Celtibérico* (F. Burillo Mozota coord.), Daroca 1991: 59-81.
- ROSA MUNICIO, R. DE LA (1991): El Balconcillo del Cañón del Río Lobos: Un yacimiento del Bronce Pleno en la zona oriental de la Meseta. *Soria Arqueológica*, 1: 69-86.
- ROSA MUNICIO, R. DE LA (1995): El Balconcillo y su datación en el contexto del Bronce de la Meseta. *Complutum*, 6: 193-201.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1995a): Cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa Occidental. *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo* (M. Ruiz-Gálvez, ed.), Complutum Extra, 5: 79-84.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1995b): El significado de la Ría de Huelva en el contexto de las relaciones de intercambio y de las transformaciones producidas en la transición Bronce Final/Edad del Hierro. *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo* (M. Ruiz-Gálvez, ed.), Complutum Extra, 5: 129-156.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa continental*. Crítica, Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1984): Cogotas I y los primeros 'Campos de Urnas' en el Alto Duero. *1º Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982: 169 y 185.

- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica, I y II*. Colección de Tesis Doctorales, 83/85, Universidad Complutense, Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1995): El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones. *III Simposio sobre los Celtíberos: Poblamiento Celtibérico* (F. Burillo Mozota, coord.), Daroca 1991: 25-40.
- RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO ALVARADO, A. (1988): Elementos e influjo de tradición de 'Campos de Urnas' en la Meseta Sur. *I Congreso de Castilla-La Mancha, III, Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2), Ciudad Real 1986: 257-267.
- RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO ALVARADO, A. (1999): Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico. *El Origen del Mundo Celtibérico*, Actas de los encuentros sobre el origen del Mundo Celtibérico, Molina de Aragón 1998: 21-36.
- SANZ GARCÍA, F.J.; MARCOS CONTRERAS, G.J.; MARTÍN CARBAJO, M.A.; MISIEGO TEJEDA, J.C.; PERÉZ RODRÍGUEZ, F.J. (1994): 'La Aceña' (Huerta, Salamanca). Un campo de hoyos de Cogotas I en la Vega del Tormes. *Numantia*, 5: 73-86.
- SHERRAT, A.G. (1981): Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution. *Pattern of the Past: studies in honour of David Clarke* (I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond, eds.), Cambridge University Press: 261-305.
- SIERRA VIGIL, J.M.; SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1995): Las cañadas como medio de comunicación entre los asentamientos vacceos. *III Simposio sobre los Celtíberos: Poblamiento Celtibérico* (F. Burillo Mozota, coord.), Daroca 1991: 389-398.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1941): *Carta Arqueológica de España. Soria*. Instituto Diego Velázquez, C.S.I.C., Madrid.
- TEJERO DE LA CUESTA, J.M. (dir.) (1988): *Análisis del medio físico*. Segovia.
- WATTENBERG, F. (1959): *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*. Bibliotheca Praehistorica Hispana II, Madrid.
- ZAMORA CANELLADA, A. (1976): *Excavaciones de la cueva de La Vaquera, Torreiglesias, Segovia (Edad de Bronce)*. Segovia.